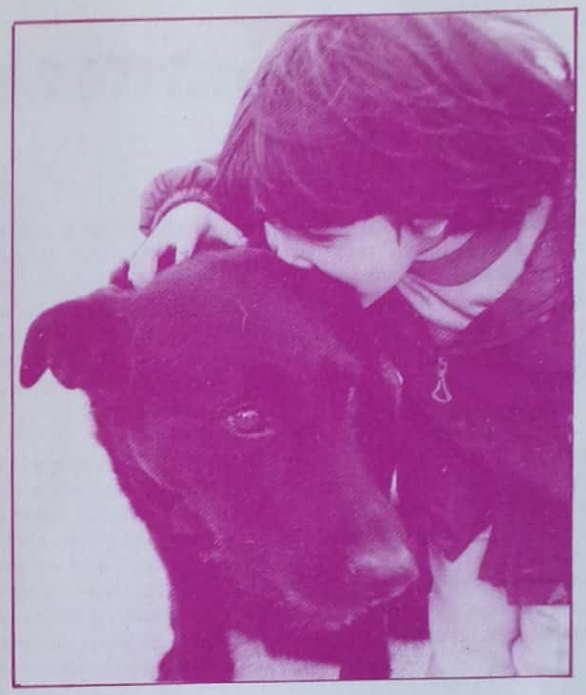

## INDICE


| | Página |
|---|---|
| Presentación | 3 |
| La niña | 5 |
| El mordisco | 9 |
| El perro | 15 |
| ...Cuatro locas histéricas y exageradas | 24 |
| ...O de la no existencia del lesbianismo | 26 |
| De la violencia específica contra las mujeres que aman a otras mujeres | 30 |
| ...Y a pesar de todo estamos contentas | 39 |




CamScanner

# Presentación

En las *Jornadas Feministas* conmemorativas de los *Diez años de lucha del movimiento feminista del Estado español,* celebradas en Barcelona los tres primeros días de noviembre del año pasado, nuestro *Colectivo de Feministas Lesbianas* presentó una ponencia titulada **Niña muerde perro, o de por qué no existe el lesbianismo.** Ya entonces anunciamos que las líneas allí esbozadas tendrían un mayor desarrollo en el siguiente número del **NOSOTRAS, que nos queremos tanto...** Es el que ahora tenéis en vuestras manos.

Por primera vez publicamos un extenso trabajo escrito por una de nosotras; los dos anteriores habían sido elaborados por feministas extranjeras. El artículo de *María Bielsa* es fruto de bastantes horas de discusión en nuestro *Colectivo.* No sólo de las que hemos necesitado para discutir los borradores, sino de todas las que hemos empleado a lo largo de estos años sobre las causas de la imposición social de la heterosexualidad, sobre la negación de la sexualidad femenina y, también, sobre el conjunto de la opresión patriarcal. Y no queremos ocultaros que estamos contentas del resultado del esfuerzo colectivo y del trabajo personal de *María.*

En **Niña muerde perro, o de que por qué no existe el lesbianismo** se aventuran algunas hipótesis, se intenta explicar *por qué no existe el lesbianismo;* volvemos una vez más, siempre lo hacemos, sobre la idea de que la represión, la negación del lesbianismo afecta a todas las mujeres y no sólo a aquellas que mantenemos relaciones sexuales con otras mujeres; se plantean los mil y un mecanismos que actúan en esta sociedad patriarcal —brutales unos, más sutiles otros, pero *violentos* todos ellos —para mantener oprimidas a las mujeres en todos los terrenos y, entre ellos, en la sexualidad; se afirma, también, que ninguna *identidad* se deriva del hecho de amar a las mujeres... Estos son sólo algunos de los aspectos desarrollados en el artículo.

Con **Niña muerde perro...** continuamos con los debates que hemos tenido con muchas mujeres en charlas, jornadas, coordinadoras... Quizás sea ésta una ventaja del material que os presentamos: nace de nuestras propias dudas y seguridades. Y esperamos, sinceramente, que nos sea útil a todas.



CamScanner

## LA NIÑA...

Todo sistema (ya sea el sistema que regula el tránsito en una ciudad o el sistema patriarcal) supone la introducción de un «orden» sobre el mundo que nos rodea. Un sistema es una manera de ordenar el mundo. El ordenamiento de lo que nos rodea y la manera en que se nos ordena a nosotras-os mismas-os no es un ordenamiento arbitrario o casual, no es espontáneo ni «natural». Es un ordenamiento interesado, histórico (es decir, sujeto a las fuerzas históricas y a sus variables) y, por tanto, no es natural, sino cultural.

Es interesado porque responde a intereses concretos que es posible analizar concretamente. El orden de los sistemas sociales sabemos que está sujeto a la historia y no a la «Naturaleza» porque ha ido variando en cada momento según han ido variando los intereses del grupo social dominante o el mismo grupo dominante. Y es cultural y no natural porque la «Naturaleza» no tiene en sí misma ningún orden propio e independiente de los ojos que la observan. El orden o desorden que advirtamos en la «Naturaleza» dependerá de los criterios ideológicos con que la observemos y tales criterios ideológicos pueden cambiar sin que cambie eso que llamamos pomposamente Naturaleza. Buen ejemplo de ello es el desarrollo histórico de la «Ciencia», el cambio de los conceptos científicos sobre los mismos «procesos naturales». El desarrollo histórico de la «Ciencia» es ejemplo de que ella misma no es aséptica; no está, ni mucho menos, al margen de los valores ideológicos con que se aborda el estudio de los fenómenos.

Decíamos que todo sistema supone la introducción de un orden sobre el mundo que nos rodea, una manera de observarlo, explicarlo, valorarlo y regularlo. Y decíamos que ese orden responde a unos intereses perfectamente determinables y que, por tanto, es susceptible de ser criticado, analizado según otras perspectivas, valorado según otros intereses y hasta cambiado revolucionariamente si se logra la fuerza de oposición necesaria.

Pero los sistemas y sus ordenamientos se nos presentan siempre, no como tales maneras de regular las cosas y los asuntos, sino como las cosas mismas y los asuntos mismos. De forma que confundamos las cosas y los asuntos con la manera en que se ordenan. De forma que nos sea imposible separar las cosas y los asuntos, tal y como se nos dan estructurados, de la estructura misma. De forma que parezcan «naturales» e indiferenciables tanto el ordenamiento como lo ordenado. De forma que no podamos pensar que lo que se da en la realidad se da precisamente así, de resultas de una cierta manera de ordenar lo que nos rodea, y pensemos que es de resultas de la propia «naturaleza» de lo ordenado. (Entonces se entiende «lo natural» como lo inmutable). A modo de ejemplo, hay una frase que resume todo lo anterior: «Siempre habrá ricos y pobres». Sabemos que, ciertamente, hay ricos y pobres y sabemos que esa realidad se ha presentado en la historia en formas diversas: esclavos-amos, vasallos-señores... Pero sabemos también que



CamScanner

ello se debe a maneras de ordenar, de organizar la realidad, y no a la naturaleza invariable del destino de cada ser humano. Sólo pensando así puede ocurrírsenos la posibilidad de cambiar realidades que se nos presentan como inevitables. Al movimiento feminista se le ocurrió pensar así sobre la realidad de las mujeres.

Una de las bases que sustentan el ordenamiento del mundo en que vivimos, y que se nos muestra también como inevitable, es la subordinación de las mujeres, nuestra opresión patriarcal.

En el caso de los sitemas sociales, otra de sus características intrínsecas es que se nos presentan, no sólo como contenedores de todo lo que se da de hecho en la realidad, sino como fronteras absolutas entre lo que puede darse y lo que no. Lo que está fuera del sistema, no es que esté fuera del sistema, es que es **imposible**. Pero tampoco lo imposible se nos muestra en relación con lo que realmente lo hace imposible (el ordenamiento concreto del sistema), sino en su forma absoluta. En la frase anterior: «Siempre habrá ricos y pobres», efectivamente, puede advertirse que es imposible que se dé otra realidad **tal y como está ordenada** la sociedad. Pero, dado que primero se ha identificado el mundo con la manera de ordenarlo, lo que está fuera del ordenamiento del mundo es imposible, no con relación al sistema, sino con relación al mundo mismo. De ahí el «siempre» categórico.

De manera que los límites entre lo **posible** y lo **imposible**, entre lo real alcanzado y lo que se considera irreal e inalcanzable, no son sólo los límites que separan la fantasía de lo que puede darse en la realidad, sino los límites que separan lo que el sistema abarca y puede llegar a abarcar de lo que el sistema no puede contener sin destruirse.

Pero, a pesar de todo, las voces de lo imposible se alzan. A veces, incluso, se alzan con demasiada fuerza, con tanta fuerza, que empiezan a oírse, incluso, «dentro de la realidad». Ya no se puede silencairlas completamente. Es entonces cuando lo imposible suele ser cubierto por un manto que admite su **deseabilidad**. Es decir, a veces se admite que algo imposible es **deseable**, con tal de no poner en tela de juicio su misma imposibilidad. Hoy son amplios los sectores de gente que admiten que un mundo en el que no hubiera ni ricos ni pobres es un mundo deseable, pero sólo a cambio de no poner en peligro el juicio que considera que ese mundo es imposible. Ese es el significado que da el sistema a la palabra «utopía», por ejemplo.

Que una de las bases que sustentan este sistema social en que vivimos es la opresión de las mujeres es algo que ya viene siendo gritado desde hace años por el movimiento feminista. Hemos conseguido apenas una igualdad formal ante algunas leyes, que ni siquiera ante todas; sin embargo, todavía hoy no es mayoritario el sector que reconozca la deseabilidad, al menos, de nuestras reivindicaciones. Todavía hoy no es generalmente aceptado que sea un mundo deseable aquél en que hombres y mujeres estén en igualdad **real**, no divididos (a este lado la opresión, al otro lado los privilegios) por la «desinrazón» del sexo, por más que no sea despreciable el terreno que ya hemos recorrido.



Y es que la opresión de las mujeres pertenece a una categoría del ordenamiento del mundo que aún parte de la peregrina idea de que es «natural». Dícese que la realidad de las mujeres no depende, pues, de la forma en que se organiza esta sociedad, sino de «la propia naturaleza del ser mujer». Aún se utiliza el método de convencernos de que la imposición de nuestro papel no es tal imposición, sino *el resultado de la Naturaleza,* así, con mayúscula. Ya sea de una Naturaleza emanada de Dios en la que los seres humanos sólo intervienen pasivamente, en la medida en que les es «revelada»; o ya sea de una Naturaleza basada en una anquilosada, errónea y poco inocente valoración biológica.

Una vez establecida la supuesta «naturalidad» del papel de las mujeres, es muy difícil plantearse cambiarlo. Lo natural no puede cambiarse y es absurdo intentarlo. A nadie en su sano juicio se le ocurriría cambiar la naturaleza de la madera para darle cualidades de agua. Así pretende atraparnos el lenguaje metafísico de esta sociedad sobre el Ser Mujer. Pero es el mismo lenguaje que se ha usado y sigue usándose para sostener otro tipo de opresiones, porque es el que resulta menos rebatible aparentemente. Lo que viene dado por la Naturaleza no cabe más que asumirlo, claro está, por eso las inferioridades y los privilegios entre los seres humanos es más cómodo justificarlos cuanto antes, desde el nacimiento. Así se dijo de los plebeyos y de los nobles; así se dijo de los negros y de los blancos; así se dijo de los arios y de los judíos, gitanos, morenos y otras «especies menores»... En ese punto, tan atrás, está aún colocándose el «asunto de las mujeres».

Decíamos que, una vez establecida la supuesta «naturalidad» del papel de las mujeres, es difícil desenmascarar que tal papel es de subordinación, que nuestra realidad es una realidad de opresión y que toda opresión, por definición, es violenta. Supuesta la naturalidad de este orden, se convierte en una tarea difícil desenmascarar que de lo que se trata es de un orden impuesto y, por tanto, violento, que utiliza la violencia para imponerse, para establecerse y para autorreproducirse. Quizá este esquema resuma lo dicho hasta aquí y de una forma más clara:

| Lo que nos dicen que es: | | Lo que es: |
|---|---|---|
| El papel de las mujeres es natural, pertenece a la Naturaleza de su Ser Mujer. | → | El papel de las mujeres es de oprimidas. Ninguna opresión es natural; todas pertenecen a la categoría de lo social. |
| Lo Natural no puede cambiarse sustancialmente. Es absurdo plantearlo. | → | La opresión de las mujeres, en tanto que social, es susceptible de eliminarse en la lucha contra esta sociedad patriarcal. |



CamScanner

| | |
|---|---|
| Todo lo Natural es propio y lo propio no se impone, sino que viene dado por medios naturales. → | Toda opresión es impuesta y toda imposición es violenta y utiliza medios violentos para establecerse. |
| Lo que viene dado por Naturaleza debe asumirse. → | Lo que viene impuesto debe cuestionarse. |

| Moraleja: | Moraleja: |
|---|---|
| Nacéis mujeres. → | «No nacemos mujeres, llegamos a serlo» (Simone de Beauvoir) |

| Lo que nos proponen: | Lo que nos proponemos: |
|---|---|
| Asumid vuestro Ser Natural. → | Eliminar nuestra opresión. |

La violencia que se ejerce contra las mujeres está, pues, en la misma base de nuestra opresión, sustentándola. De ahí que cuando nosotras hablamos de violencia contra las mujeres estemos refiriéndonos a una lista de fenómenos mucho más amplia que la que representa el asalto de un hombre en un callejón oscuro. El abanico va desde la violencia que supone la simbología de la sumisión (a través de la que se nos alecciona a todo lo largo de nuestra vida, introduciéndola en nosotras desde que nacemos, para que nos acostumbremos a la sumisión real, que no tiene nada de simbólica) hasta la violencia física, directa, visible, de la violación o los malos tratos, por ejemplo.

Pero el reconocimiento de que casi toda nuestra vida cotidiana está surcada por la violencia, más allá y más profundamente de lo que este orden social está dispuesto a reconocer como «violencia», sería tanto como admitir que la jerarquización y la división sexista del mundo han sido impuestas a quienes las padecemos (primer paso para enfrentarnos a ellas) y... claro, no es sensato esperar que así, por las buenas, quienes se benefician de todo esto se levanten un día dándonos la razón y llamándolo violencia. Sería tanto como que reconocieran que estamos oprimidas. Será nuestra denuncia, nuestra lucha, la que vaya ampliando cada vez más el concepto de violencia y, por tanto, la posibilidad de arrancarla por sus raíces.

De toda esta larga lista de violencias que sirven para mantener la opresión de las mujeres, interesa destacar ahora el apartado de la violencia que supone la imposición de un modelo único y normalizado de desarrollo de nuestra sexualidad.



## ...EL MORDISCO

Ya apuntábamos que los modelos que se nos proponen para interpretar la realidad no suelen ser advertidos como tales modelos en la vida cotidiana, sino como la realidad misma. Confundimos la realidad con el modelo. Y, en la medida en que los sistemas sociales logren hacer creer a los individuos que los modelos que les presentan sobre la realidad son los *únicos posibles,* asegurarán su permanencia. Porque confundir la realidad con el modelo que nos propone un determinado sistema social es (según Labrouse) la base ideológica para toda opresión.

Para la imposición de modelos de comportamiento, esta sociedad democrático-occidental-capitalista-patriarcal-desarrollada-etcétera cuenta con una impresionante cantidad de medios. Institucionaliza los modelos de comportamiento y tiende a reproducirlos por todos los canales a su alcance. Es en los códigos de esta sociedad, impartidos a través de esos canales, donde funciona un mecanismo al que llamaré de Limitación-Normalización* y que puede ayudarnos a comprender mejor algunos de los fenómenos que están en la base del control social actuando para consolidar la reproducción de tales modelos.

### *LIMITACION*

Del fundamento de la Limitación hemos hablado ya, entendiéndola de esta manera: se nos presenta una visión de la realidad como si fuera todo lo que se da en la realidad. Es decir, todo lo que se da en la realidad es **limitado** por los sistemas sociales a la visión que ofrecen de ella a los individuos para facilitar su propio control social. Fuera de esa visión, se nos dice que (aunque rara vez se nos dice explícitamente) queda sólo, por un lado, la Nada, y, por otro, lo Imposible.

Me referiré ahora a otro aspecto del mecanismo de la Limitación. Sobre ese fundamento (una visión, que de hecho es restringida y responde a los intereses dominantes, pero que nos es presentada como totalizadora de la realidad) se construye un conjunto abrumador de **posibilidades** de desarrollarnos como individuos y de alcanzar cosas. Esas posibilidades son ofrecidas como tales posibilidades a todos y a todas, sin distinción, porque el sistema en que vivimos hace gala de haber asumido, **formalmente**, la democracia. Veremos después que el ofrecimiento a todos sin distinción del conjunto de posibilidades es también, y en la mayoría de los casos únicamente, **formal.**

---

(*) Escribo unidas con guión esas dos palabras porque, aunque para explicar lo que entiendo por tal mecanismo tendré que separar por un lado la Limitación —y aun dentro de ella varios aspectos— y por otro la Normalización, no hemos de perder de vista en ningún momento que se trata de una sola herramienta que, por decirlo así, funciona apretando a la vez sus dos botones.



CamScanner

Estoy haciendo alusión, claro está, a las sociedades que mejor conocemos, las llamadas occidentales desarrolladas. Pues bien, el código de esta sociedad parte de habernos convencido de sus postulados democráticos. Esto supone que la sociedad deberá estar constantemente presentándonos sus posibilidades en forma de oferta hecha a todos sus miembros por igual. El conjunto de posibilidades es aparentemente ilimitado (así se oculta mejor el fundamento de la limitación real) y es presentado, insisto, como un conjunto de ofertas alcanzables para todos y todas por igual (aquí vemos una de las formas más claras de garantizar la credibilidad democrática del sistema social).

Pero hay un detalle tan simple, que da escalofríos, porque resulta ser el «meollo» de toda la cuestión: no todos, y menos aun «todas», alcanzamos las cosas que esta sociedad nos ofrece (un yate, un coche, un viaje, el éxito profesional...). ¿Dónde está, pues, el fallo?

La primera parte del fallo salta a a vista. El sistema social no puede ofrecernos como ilimitados los bienes (que son objetivamente limitados), pero sí puede, y lo hace, presentarnos como ilimitadas las posibilidades de alcanzarlos; no es que todos y todas podamos tener todos los bienes, sino que todos y todas tenemos *posibilidades de alcanzarlos.* ¿Por qué, entonces, sobre la base de qué criterios, unos los consiguen y otros no? Estas preguntas son muy viejas. Pero vayamos por partes. Veamos primero qué mensaje nos propone el código de esta sociedad:

| Cómo se nos presenta el mundo. | Cómo se nos muestra la validez de este sistema social. | Cómo resuelve las contradicciones. |
|---|---|---|
| Esto es lo que hay y lo que hay es el TODO | Cualquier parte del TODO está a tu alcance porque el sistema ofrece a *todos* esa posibilidad | Si no alcanzas, pues, algo que deseas, el fallo está en ti, no en el sistema. |

Así planteado el asunto, no debe extrañarnos que este sistema democrático-industrial-desarrollado consiga que, aceptando esa forma de validación, hagamos recaer las contradicciones que observemos, más que sobre el sistema que las produce, sobre quienes directamente las padecemos. Pretende que pensemos que es nuestra incapacidad personal para algo la que nos priva de ese algo. Pretende trasladar los conflictos a la esfera de lo personal, privado, subjetivo, individual... para preservar sus estructuras.

Para comprender mejor este esquema proponemos varios ejemplos (todas las sociedades, y a lo largo de la historia, han utilizado «medios» para aleccionar a sus miembros, medios de control social y de reproducción de



sus modelos. Pero nunca en la historia ha habido un aparato de aleccionamiento ideológico tan eficaz ni tan complejo y totalizador como los medios de comunicación masivos. Sobre todo la televisión. De la televisión sacaremos los ejemplos generalizados).

1.— El caso de un negro que llega a ser un gran actor o un gran cantante, que gana mucho dinero y es aceptado y admirado por todos.

2.— El caso de un hombre cuyo sacrificio, fuerza, valentía, inteligencia, astucia... le llevan de ser un simple botones a ser él dueño de una multinacional de la hostelería, aunque todo el dinero no le sirva para comprar la felicidad ni le libre de accidentes y desgracias.

3.— El caso de una mujer cuyo sacrificio, fuerza, valentía, inteligencia, astucia... le llevan de ser una criada desvalida a ser la dueña de una multinacional de la cosmética, aunque todo el dinero no le sirva para comprar la felicidad ni le libre de accidentes y desgracias.

Lecturas podemos hacer muchas de estos tres ejemplos. Pero aquí nos interesa destacar las siguientes:

a) De los tres casos se deduce que todo negro, todo hombre y toda mujer con parecidas o iguales características de capacidad personal, en una sociedad como ésta, pueden llegar a obtener los mismos resultados que ellos.

b) Al negro le es más fácil triunfar como artista que como científico, por ejemplo. A la mujer le es más fácil triunfar en la cosmética que en la navegación, por ejemplo.

c) La mujer que triunfa no deja de ser «femenina».

d) El dinero no da la felicidad.

Vistas así las cosas, acabamos convencidas y convencidos de que son nuestra torpeza, nuestra incapacidad, nuestra inferioridad... los culpalbes de nuestra situación. Vistas así las cosas, podemos convertir en mito nuestra «felicidad individual y espiritual», porque otras situaciones no dan esa felicidad («Los ricos no son felices» es una frase a modo de moraleja que no difiere mucho de la que reza «Nosotras estamos mejor que los hombres»).

La elección de los anteriores ejemplos no es casual. Podría objetarse que nos hablan de realidades que no son las de nuestro Estado Español. Sea. Pero recordemos que, en las sociedades donde existen las libertades formales, el control social se funda en los códigos y no tanto en los contenidos. Los mismos códigos sirven para ilustrar el caso de un gitano maravilloso bailarín, en vez de un negro. Y el caso del torero famoso. Y el caso del dueño de una gran editorial, andaluz él y casi analfabeto. Y el caso de «Simplemente María». Tampoco debemos olvidar que estamos hablando de un macro-aleccionamiento propio de las sociedades occidentales, que es multinacional, como las multinacionales. Y como los roles y su reproducción.



CamScanner

Teniendo en cuenta que el control social se ejerce sobre los códigos más que sobre los contenidos, tampoco puede objetarse a esos ejemplos que sean «tendenciosos» frente a otros contenidos **aparentemente objetivos**. Os propongo aquí reflexionar sobre este párrafo:

> «El contenido de la televisión muy raramente es dogmático. A nivel de (sic) contenido, el televisor admite ideologías, opiniones y morales distintas. Generalmente, permite que elijamos nosotros mismos. La televisión refleja el pluralismo aparente de la sociedad funcionalizada. En la sociedad tecnocrática, el pluralismo puede ser una técnica represiva. Lefebvre se fija en un mecanismo que transforma la libertad en control, distinto del que nosotros analizamos a nivel de (sic) la mediación:
>
> > "El liberal admite varias morales, pero exige una moralidad...; cada una de las opiniones corrientes recibe un status..., de esa forma se tiende a consagrar las opiniones y los valores admitidos."
>
> (...)
>
> Cuando la televisión nos propone un contenido sin una toma de partido aparente, la desconfianza del espectador hacia el medium pierde toda razón de ser; ya no tiene derecho a mirarla como una opositora, ni a discutirla: la televisión se presenta entonces como *el comprender mismo:* con una inteligencia vicaria que media los hechos por el espectador: los da "pensados" y con ellos *un modo de pensar* que el espectador asimila y al que se conforma. El Estado más autoritario puede permitirse el lujo de una televisión que enseñe todo y no adoctrine nada, sin ningún riesgo para su estabilidad en tanto que pueda controlar la forma de mediar.
>
> Controlar la forma de mediar es aplicar al contenido de la realidad el modelo de orden y el tipo de significaciones que posteriormente serán utilizados por el destinatario de la información para comprender el presente, prever el futuro y, por tanto, para actuar. Tanto da que los modelos mediadores empleados por el medium sean introducidos en la descripción del acontecer de forma consciente o inconsciente: sus efectos son los mismos. (...) La coerción social se produce en el juego de la comunicación y no en las cartas. En el juego de la mediación se determina el marco de inteligibilidad, y por su medio el control más eficaz de la opinión.»(*)

Y es que, cuando los medios de comunicación nos «informan» sobre lo que ocurre, no advertimos más que *eso como lo que ocurre realmente.* No advertimos, por un lado, que tal información está sujeta a un código y a una actividad social que pretende reproducir sus modelos sociales. No advertimos que, cuando la mediación introduce un modelo de orden entre las cosas, trata de controlar los hechos a través de las relaciones que establece entre los hechos mismos. Por otro lado, no advertimos que se produce una transformación que hace que la información deje de tener por objeto único la realidad original, *lo que ocurre,* para tener por objeto latente la explicación del **orden mismo.** Cada suceso, cada dato, sirve (y por eso se convierte en suceso y dato) para **ilustrar** una determinada visión del mundo. El acontecer sirve para reproducir el código mismo con que se interpreta.

---

(*) MARTIN SERRANO, M., *La mediación social,* Akal Editor, Madrid, 1978. (Pp. 127-129).



Un ejemplo: el hecho de informarnos sobre la concesión de un premio de investigación a una mujer tiene un doble objeto. El uno es aparentemente objetivo y puede que sea el que está en la voluntad del informador: informarnos de *algo que ha ocurrido en la realidad.* Pero hay otro objeto latente, que puede escapar, incluso, a la voluntad del informador, y que pretende informarnos de la validez del código mismo, el que dice que eso es posible. El «dato» sirve para *verificar* el código que asegura («véanlo, señoras y señores») que una mujer, en esta sociedad, puede llegar a lo mismo que un hombre (**Mentira cochina**). No podemos oponernos al mensaje que parece objetivo y que no dice explícitamente las conclusiones que hay que sacar de él, pero sabemos que el mensaje está sirviendo para dar credibilidad a un código que no sólo es falso, porque no responde a nuestra realidad de oprimidas, sino que intenta, además, reproducirse a sí mismo. Sabemos que en realidad ha ocurrido la concesión de ese premio a una mujer; pero sabemos, también, que en la realidad social de las mujeres **no ocurre** que las mujeres tengamos las mismas posibilidades.

Hemos, pues, de desmentir los códigos de esta sociedad. Porque lo que esta sociedad nos ofrece no es que disfrutemos todos y todas de las mismas o parecidas *cosas* (un yate, un viaje, el éxito profesional...), lo que nos propone es que disfrutemos de la **aparente posibilidad que tenemos de disfrutarlas.** Porque, de las posibilidades que nos ofrecen como tales, sólo una parte irrisoria lo son realmente, son reales posibilidades.

Sabemos que no existe, pero se nos ofrece la posibilidad de salir de nuestra situación, si no nos gusta, en tanto que botones, negras o gitanas... Sabemos que no es posible, pero se nos ofrece la posibilidad, en los tres ejemplos, de dejar de ser pobres para ser ricos. Pero, ¿qué pasa con nuestra opresión específica, la específica opresión patriarcal de las mujeres? En tanto que mujeres, **ni siquiera se nos propone la posibilidad** de salir de nuestro papel de «mujeres» (ya lo decíamos, no se puede salir de lo que se supone que es natural). Las protagonistas de los medios de comunicación siguen cumpliendo su rol de madres, esposas y objetos sexuales de los hombres. Sabríamos igualmente que sería falsa la posibilidad, en esta sociedad patriarcal, de salir de nuestro rol, pero es que ni siquiera se nos presenta como posibilidad. La realidad que nos muestra este sistema nos limita triplemente.

Tal podríamos decir, pues, que hay tantas formas de limitación como formas de opresión. La cosa quedaría así: los pobres sólo disfrutamos de la posibilidad de que sean ciertas (y no lo son) las posibilidades que nos ofrecen. Y las mujeres sólo disfrutamos de la posibilidad de las posibilidades que *no* nos han ofrecido.

### • La heterosexualidad obligatoria es una forma de limitación

A veces, el mecanismo de limitación, en algunos aspectos, no ha llegado todavía a refinar tanto sus formas; permanece en una de las más burdas: la negación. El ocultamiento, el borrón, el silencio. «Lo que no puede existir en el sistema, simplemente, no existe». Ya no se trata de decir que en la realidad se dan sólo diez posibilidades, por ejemplo, aunque de hecho sólo



CamScanner

sea alcanzable la mitad de una, sino que directamente se ofrece una única posibilidad, la que interesa, negando así, tácitamente, que haya ninguna otra. La única forma de relación sexual para este sistema es la heterosexual. Y, puesto que no hay más que una, no tiene sentido diferenciar sexualidad de heterosexualidad. Se identifican. Y se identifican prácticamente a todos los efectos y en todas partes. Se da por sabido que «una pareja» de amantes está necesariamente formada por un hombre y una mujer.

La historia que nos ha llegado, el cine, la literatura, los libros de texto... ignoran, casi por completo, que pueda darse otras formas de relación sexual. (Comentaremos después cómo se comporta esta sociedad y qué ocurre cuando no es posible negar la existencia de tales «otras» formas tan radicalmente).

La limitación no es sólo cuantitativa, es también cualitativa. Hay cualidades de la realidad social de las que no se habla jamás y hay cualidades del ser humano que le son negadas, a través de la vía más directa; hacérselas ignorar.

Se nos hace ignorar que disponemos de una capacidad de relación sexual que se caracteriza precisamente pro su gran plasticidad. De una gama amplísima de posibilidades de desarrollo de nuestra sexualidad, el orden social impone una sola, la heterosexualidad, en una esfuerzo de limitación evidente y que, evidentemente, le beneficia.

## *NORMALIZACION*

Pero esta sociedad, con su ordenamiento, no sólo limita las posibilidades reales y limita el número de personas que pueden alcanzarlas, sino que establece también las maneras de realización, según su orden, de las posibilidades que ofrece. Es la **normalización**. El reglado, el encauzamiento. Se establece tanto el **qué** y el **quiénes**, como se dictan normas sobre el **cómo**.

- **La heterosexualidad está normalizada y es androcéntrica**

La heterosexualidad, la relación sexual y de convivencia entre un hombre y una mujer, podríamos suponer que, en otro tipo de ordenamiento social, no tendría que ser *necesariamente* como la establece la sociedad patriarcal. Lo que sabemos es que la heterosexualidad que sirve de modelo de relación sexual para la sociedad patriarcal está apuntalada por la obligatoriedad, la exclusividad, por un lado. Por otro, está concebida sobre la base del papel de oprimidas de las mujeres.

De ahí que esta sociedad no sólo diga que la única manera válida de relación sexual es la heterosexualidad, sino que ha dado a la heterosexualidad un cauce de desarrollo. O, planteada con más rigor la cuestión: esta sociedad patriarcal necesita una determinada manera de relación sexual para asegurar la reproducción de la especie (por eso la heterosexualidad) y para



asegurar la reproducción de su ordenamiento (por eso el androcentrismo). El resultado es convertir en norma su modelo: heterosexualidad androcéntrica.

- No cualquier heterosexualidad, sino una heterosexualidad preferiblemente legalizada en la familia (un soporte fundamental de esta sociedad); preferiblemente restringida a la edad fértil (negada a la infancia y a la vejez); preferiblemente genital; preferiblemente coital... y una largo etcétera que no es difícil ir rellenando.

- Y una heterosexualidad acorde con el mantenimiento de la opresión de las mujeres; es decir, una heterosexualidad androcéntrica; es decir, una heterosexualidad centrada en la sexualidad del hombre; es decir, una heterosexualidad que niega el placer autónomo de las mujeres en favor del placer «domado» por los hombres y dependiente del suyo... y un largo etcétera que tampoco es difícil seguir ilustrando.

## ...Y EL PERRO

De las muchas maneras de definir la libertad hay una que nos ayudará ahora especialmente: aquella que hace depender la libertad de la elección entre distintas posibilidades. Un acto será tanto más libre, cuanto con más actos opcionales cuente en su mismo espacio y con las mismas posibilidades. No es libre un acto si nos viene dictado sin alternativa por la sociedad o si nos viene dictado sin alternativa por nuestra propia biología. En este sentido, no cabe hablar de libertad en la mayoría de los comportamientos humanos, porque la mayoría nos son impuestos por el orden social vigente en cada momento. Y no cabe hablar de libertad en los animales porque prácticamente todos sus comportamientos vienen dictados instintivamente, biológicamente determinados. Se me ocurre un ejemplo bastante clarificador y que aparece con asombrosa sencillez en la estructura de ciertos cuentos infantiles. El protagonista llega a una encrucijada y debe elegir (siempre es él, nunca es ella) continuar su aventura por el camino A o por el camino B. Supongamos que los dos caminos son exactamente iguales y que para el protagonista son también indiferentes. Optar por uno u otro será una elección libre. Pero supongamos que el camino A es de tierra y el camino B es un canal de agua. Si el protagonista no sabe nadar, tomar el camino A le viene dado por la coerción de su ignorancia, porque una capacidad que el ser humano tiene, la de nadar, no le fue desarrollada. (Es como para enfadarse). Supongamos que el camino A está abierto y el camino B está cerrado por una reja y un dispositivo que la abre sólo si le mete dinero. Si el protagonista no tiene dinero, tomar el camino A le vendrá dado por la coerción de su pobreza. (Es como para enfadarse). Supongamos que el camino A es de tierra y el camino B es un precipicio que sólo puede cruzarse volando. Si el protagonista es un ser humano, tomar el camino A le vendrá dado por su incapacidad física para volar. (Si no se es creyente, no cabe el enfado)...

La heterosexualidad, en esta sociedad, no es libre elección. Y no es libre la miremos por donde la miremos.



CamScanner

Si admitimos lo que este orden social dice, que los seres humanos «somos biológicamente heterosexuales» porque la sexualidad es instintivamente heterosexual, entonces es que el camino nos viene dado «per natura» y sería ir «contra natura» emprender otro camino de desarrollo de nuestra sexualidad. Tan «contra natura» como si el protagonista intentara volar.

Y, si no aceptamos esa mentira social y damos a la racionalidad la voz que afirma que el ser humano no es **instintivo** en su sexualidad, sino **pulsional** y que, por tanto, no tiene determinada biológicamente la orientación de su deseo sexual, sino que la tiene, en todo caso, predeterminada socialmente, entonces tampoco es libre la heterosexualidad, sino obligada, impuesta por el ordenamiento de este sistema. Pero, hete aquí, puesto que se trata de habernos privado de capacidades que tenemos, ese no ser libres es un ejemplo de la violencia que se ha ejercido contra nosotras... (Y es, como mímimo, para enfadarse).

La heterosexualidad, pues, tal y como se da en este marco, no es libre para las mujeres porque no se desarrolla libremente, sino conforme al papel que nos imponen. Y no es elección de las mujeres porque jamás se nos ha ofrecido ninguna otra forma de desarrollar nuestra sexualidad que no sea en dependencia de la del hombre (único ser dotado de sexualidad autónoma en esta sociedad patriarcal). Esta heterosexualidad es impuesta a las mujeres y, por tanto, violenta para todas las mujeres, nos comportemos preferentemente como lesbianas, o preferentemente como heterosexuales, o como quiera que nos comportemos; porque la imposición nos afecta a todas, la vivamos o no como una contradicción.

Y las formas de imposición del modelo sexual son violentas, no sólo en aquellos casos que supongan una agresión física o psíquica manifiesta, sino que son violentas en cualquier caso en la medida en que son formas de imposición.

Sin embargo, la imposición ordenada, normalizada, a través de los muchos canales con que cuenta esta sociedad (la familia, la escuela, el dominio de los medios de comunicación...) son formas de imposición que el sistema considera no violentas. Pero, antes de seguir adelante (y sin tener que agradecer a los autores que hayan pensado en nosotras, porque no lo han hecho, al construir sus discursos), veamos tres párrafos significativos:

> «La historia humana nos aparece como una constante coerción del libre desarrollo del hombre (*y sobre todo de la mujer, tendríamos que añadir nosotras*), coacción organizada desde el poder para su propia perpetuación (..)
>
> En este sentido, podemos apreciar varios grandes recursos de inhibición de la libertad por parte de nuestras organizaciones sociales. En primer lugar, de la manera más directa y palmaria, la coacción física, la violencia directa (...)
>
> Sin llegar a estos límites, muchas veces basta con lo que podemos designar como *coacción convincente,* como violencia sutil. Resulta fácil de ejercer en un mundo donde la información supone una realidad tan importante y su control no es difícil por parte de los grandes poderes políticos y económicos. La influencia ejercida desde los medios de comunicación de masas representa, sin duda, uno de los modos más característicos y eficaces de nuestra época para impedir el libre desarrollo de la libertad.» (PARIS, C. y MINGUEZ, C., «Filosofía», Ed. Anaya, Madrid 1977, pp. 145-146).



> «El control que se ejerce por las instituciones mediadoras permite dar cuenta de nuevas formas de dominación no violentas. (...)
>
> Cada vez más, las formas de control fundadas en la información sustituyen los controles directos (coerciones explícitas). El desarrollo de las técnicas que permiten asegurar la comprensión de los mensajes, el esfuerzo por llegar a los últimos pliegues de la comunidad son variantes de las técnicas de control de mercados.» (MARTIN SERRANO, M., op. cit., p. 45).
>
> «El hombre (*y especialmente la mujer, que ha sido vaciada de sí misma y de sus deseos en favor de los deseos del otro... tenemos que añadir aquí también*) vive bajo la ilusión de saber lo que quiere, cuando, en realidad, desea únicamente lo que se supone (socialmente) ha de desear.» (FROMM, E., «El miedo a la libertad», Ed. Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 296).

La imposición de la heterosexualidad androcéntrica, a través de las formas de control de esta sociedad y de su continuo aleccionamiento, son consideradas formas *no violentas* porque, de hecho, de lo que se parte es de no considerar **imposición** la heterosexualidad, sino «resultado de la naturaleza». Estamos otra vez ante ese tipo de planteamientos que se nos presentan como objetivamente incuestionables y que venimos desenmarcarando desde el principio de este artículo. Igual que veíamos que se oculta una realidad de opresión y de imposición de un rol (que como tal es una realidad social y, por tanto, susceptible de ser cambiada por rebeldía radical contra ella) bajo la máscara que aparenta ser menos cuestionable, la de la «naturalidad» del Ser Mujer, igual, digo, se trata de ocultar los intereses que esta sociedad patriarcal tiene en establecer que la única forma de sexualidad válida es la heterosexualidad (limitación) y una heterosexualidad androcéntrica (normalización) bajo la máscara de un determinisno biológico que no padecemos. El mensaje latente es éste: «Somos biológicamente heterosexuales.» Lo natural es ser heterosexual.

También hemos analizado ya cuál es la génesis social de la construcción de este tipo de mensajes latentes. El esquema que se utiliza, que es sencillísimo comprender, se convierte, sin embargo, en un veneno difícilmente detectable en nuestra vida cotidiana, porque tiene la malvada estructura de ciertos juegos lógicos que, sobre premisas más bien ciertas, a las que se une una que es falsa, del todo falsa, nos llevan a conclusiones absolutamente erróneas.

Para a construcción de este mensaje (como de tantos otros propios de esta sociedad) se han utilizado sucesivos escalones de referencias, aparentemente sustentadas las unas en las otras, que han pretendido llevarnos al final de la escalera sin que advirtamos el momento en que se introdujo el escalón falso; es decir, sin que advirtamos el punto en que la referencia pierde su carácter de «referirse» a lo que se da en la realidad, para referirse sólo a lo



CamScanner

que al orden social le interesa que se dé en la realidad. (Armémonos con una lupa para leer lo que sigue:)

Desde el establecimiento de que existen dos sexos biológicamente diferenciados*, hasta la justificación biológica de sus papeles sociales (ojo aquí), hay un escalafón falso que pretende justificar el papel de oprimidas de las mujeres. **Desmentir este mensaje ha sido una de las tareas claves del movimiento feminista.**

Desde el establecimiento de que existen dos sexos biológicamente diferenciados y desde la constatación histórica de que la reproducción de la especie requiere la matriz de la mujer y el coito (cierto, históricamente, y aún hoy, porque las técnicas artificiales son más caras), hasta convertir la reproducción en la justificación de las relaciones sexuales (ojo aquí), vaciando así de contenido toda relación sexual que no persiga la reproducción, hay un escalón falso que pretende relegar a la mujer a un papel reproductor. **Desmentir este mensaje ha sido una de las tareas claves del movimiento feminista.**

Desde la constatación de que existe en los individuos un impulso, una pulsión, que les lleva a desear relaciones sexualmente, desde la constatación de que ese impulso tiene raíces biológicas, hasta convertir el **impulso** sexual en **instinto** sexual y el sentido de esas relaciones en **unidireccional**, heterosexual exclusivamente (ojo aquí), hay un escalón falso que pretende justificar el mensaje al que nos referíamos, el que reza que «somos biológicamente heterosexuales». **Sin embargo, desmentir este mensaje es una tarea clave que el movimiento feminista ha ido asumiendo en los últimos años, pero que aún está pendiente de un trabajo mayor y más consecuente.**

Nos ayudará a comprender lo que planteamos repasar nuestra propia historia: ¿qué es lo que el movimiento feminista ha venido planteando hasta ahora?

Las mujeres nos hemos ido dando cuenta de que nuestros problemas como mujeres no eran «naturales», ni un asunto «privado», individual, personal. Hablando las unas con las otras a lo largo de nuestra historia (en los pocos ratos que nos han dejado hacerlo, porque el control social exige, también, reducir al mínimo el diálogo entre quienes oprime) hemos «deducido» que (mi marido me pega. El mío me obliga a mantener relaciones sexuales cuando no quiero. Mi padre no me deja. Mi novio no me deja. Mi marido no lo ve bien y no me deja. Él manda porque es el que trae el dinero a casa. Es que no es capaz ni de meter su ropa sucia en el canasto. Yo no puedo ir, ¿quién cuidaría de los niños? Como mi suegro no tuvo hijas, ahora me toca cuidarlo a mí. Yo no tengo más que mi sueldo y, chica, si no me dejo, me echa, la que pierde soy yo. ¿Cómo quieres que le diga a mi hermana que mi cuñado me violó? porque me violó ¿sabes?, así, como suena. Dejé de trabajar cuando me casé, claro...) lo que nos pasaba no nos pasaba por la mala suerte personal de María o de Pepita, sino por el hecho de ser mujeres y por-

(*) Michel Foucault. «Herculine Barbin llamada Alexina B.», editorial Revolución, Madrid, feb. 1985.



que, en el mundo en que vivimos, *eso* es *Ser Mujer*. Es decir, hemos visto que era una cuestión que trascendía nuestra individualidad y la casuística, que era una cuestión **política**, la cuestión política de nuestra opresión. Ése fue el fundamento del nuevo movimiento feminista: romper abiertamente la vieja división patriarcal entre el mundo de lo privado y de lo público, de lo privado frente a lo político; porque era en el llamado mundo privado donde se ejercía mayoritariamente la opresión contra las mujeres (pocas mujeres trabajan fuera de casa, en el mundo público de las relaciones laborales —donde también se deja ver la opresión patriarcal— y, cuando lo hacen, tampoco escapan a la opresión en casa, en el ámbito «privado»). Es en la familia, en las relaciones familiares (hija de, mujer de, madre de, nuera de...) donde se manifiesta, sobre todo, la opresión patriarcal. Y, dentro de la familia, saltaba palmariamente a la vista que las relaciones sexuales, centradas en el placer del hombre y en la reproducción, eran un fundamento de nuestra opresión: esto puso de manifiesto el movimiento feminista y desde ahí encaró la lucha por desmontar la ecuación que hacía coincidir la sexualidad con la reproducción y reivindicó la autonomía del placer de la mujer, el derecho a poseer su propio cuerpo, el derecho a decidir su maternidad... en ese marco se inscriben las luchas por los anticonceptivos y por el aborto. Y de esa larga lucha deriva que hoy un sector amplio de mujeres se plantee sus relaciones sexuales con los hombres desde una perspectiva no dependiente de la reproducción.

Pero el hecho de que hoy nos sea posible controlar la reproducción ha servido también para poner las bases de una falsa «liberación sexual», criticada por el movimiento feminista porque en absoluto ha roto con los roles hombre-mujer patriarcales. (Eso sin perder de vista que todavía las mujeres —y no nos referimos ni remotamente a las mujeres del llamado tercer mundo— de sociedades tan avanzadas como la nuestra no han accedido mayoritariamente a ese control).

A muchas mujeres y a casi todos los hombres «progres» les parecía una auténtica revolución haber conseguido tecnológicamente, a través de compuestos químicos anticonceptivos orales, la inhibición de los procesos, también químicos, de la concepción. Parecía que las mujeres íbamos a ser dueñas de nuestro cuerpo. Parecía que los límites de la familia patriarcal, a través de la posibilidad de controlar el embarazo y, por tanto, de mantener relaciones heterosexuales al margen de ella o paralelamente, iban a desdibujarse. Parecía que los viejos valores de la virtud y la procreación iban a quebrar. Parecía, incluso, que la «maternidad deseada» de un solo hijo o de la «parejita», frente a la prole de seis u ocho hijos que tenían «antes» las mujeres, iba a cambiar «cualitativamente» nuestra situación.

Quienes así pensaron no habían hecho un correcto análisis de la realidad si llegaron a tales falsas conclusiones o mantenían serias servidumbres ideológicas con los esquemas de pensamiento dominante. Olvidaron que ya no estábamos en una sociedad feudal, incapaz de asumir, por el rompimiento ideológico paralelo que se produjo, la presencia de nuevas tecnologías. Olvidaron que lo que caracteriza a la sociedad industrial avanzada, es decir, autorreproductiva de sí misma, es haber creado eficacísimos mecanismos de



CamScanner

ajuste para, precisamente, restablecer equilibrios ante los aparentes desequilibrios que pudieran introducir las nuevas tecnologías si eran usadas con las capacidades revolucionarias que «en potencia» pudieran poseer. Tenemos un ejemplo muy claro de esos mecanismos de ajuste:

Parecería lógico que el tiempo que a una mujer le ocupaba antes cuidar de ocho hijos le quedaría libre ahora para ella misma si tenía uno solo. Pero a una mujer «moderna» le ocupa hoy cuidar de un hijo lo mismo que a una menos moderna cuidar de ocho, es decir, todo su tiempo. Si se le hace el gran favor al sistema de no cuestinarle en sí mismo el papel de las mujeres como tales, se le deja las manos libres para que «ajuste» la situación. Así se empezó a «adoctrinar» a las mujeres (a través, sobre todo, de los medios de comunicación masivos) no sobre la «cantidad» de cuidados a los hijos, sino sobre la «calidad» de esos cuidados. Se idolatra la figura de la «madre moderna» concienciada de la necesidad perentoria que tiene su hijo de un sano desarrollo (no ya que esté limpio y comido) psicológico y que, **curiosamente**, es entendido como la dedicación de ella y de todo su tiempo a su cuidado... (revistas femeninas modernas, cursillos, enciclopedias, manuales de cocina moderna equilibrada, asociaciones de amas de casa...). Y hasta nos hacen sentir culpables por trabajar fuera de casa y no dedicarnos más a la criatura.

Los mecanismos de ajuste de esta sociedad, lo hemos dicho, son eficacísimos, sobre todo, cuando no se cuestionan las raíces de sus planteamientos. Tanto la familia como el papel de la mujer han sobrevivido perfectamente a la tan cacareada revolución sexual. Han cambiado cosas, sí, pero no como para hacer tambalearse el patriarcado.

Las feministas hicimos ya entonces un análisis más correcto de nuestra opresión y por eso sabemos hoy que nada ha cambiado sustancialmente.

Pero, ¿es cierto que todas las feministas hayamos llevado el análisis del modelo de sexualidad impuesto a las mujeres hasta las consecuencias que **hoy podemos ya** derivar de ese análisis: la lucha contra el **código** latente en todos los mensajes de ese modelo: la norma heterosexual androcéntrica que establece esta sociedad? Hemos conseguido, sí, dar un primer paso nada despreciable al desmentir, en nuestra construcción teórica y, **consecuentemente**, en los planteamientos de nuestras luchas, la ecuación Sexualidad = Reproducción. Pero, ¿hemos dado el otro paso? ¿Hemos desmentido en nuestras construcciones teóricas y, **consecuentemente**, llevado a los planteamientos de nuestras luchas, la otra ecuación, la que dice Sexualidad = Heterosexualidad?

No se nos dice **explícitamente** que la sexualidad es necesariamente heterosexual, pero es que ya hemos puesto de manifiesto que el control social no se ejerce hoy ya fundamentalmente a través de los mensajes normativos explícitos, sino, más bien, a través de los **códigos** latentes en todos los mensajes «aparentemente asépticos». Las normas para que nosotras mismas reproduzcamos el sistema que nos oprime nos vienen dadas en los códigos **más que en las informaciones**. Cuando se nos informa de los asuntos sexuales (limitación al canto), de lo que realmente se nos informa es de los



asuntos heterosexuales. Cuando se nos informa de las relaciones de pareja, de lo que se nos informa es de la pareja heterosexual. Cuando se nos informa de cómo se hace el amor, de lo que se nos informa es de cómo se hace el coito (aquí vienen juntas la limitación heterosexual y la normalización genital-coital de la heterosexualidad)... Hablar de autonomía del cuerpo de la mujer y de su sexualidad propia en este marco de códigos obligados es un contrasentido. Si no cuestionamos ese código de heterosexualidad normativa y normalizada, es más, ya podemos decir lo que queramos... que le estaremos haciendo (esta vez nosotras mismas, las feministas) un favor nada pequeño al mantenimiento general del modelo sexual de esta sociedad, modelo que está anclado en nuestra opresión.

De ahí que desmentir que la heterosexualidad androcéntrica sea la sexualidad única y válida para las mujeres no sea sólo una lucha de las mujeres lesbianas, sino una lucha de todas las mujeres. Absolutamente imprescindible para sentar las bases de nuestra auténtica liberación sexual. Absolutamente imprescindible para no mantener servilismos ideológicos con los códigos patriarcales.

Aboslutamente imprescindible, pues, para atacar las bases de la violencia sexual contra nosotras. Porque, si no somos capaces de advertir que la imposición de este modelo sexual (cuya primera premisa es **Sexualidad = Reproducción**, pero cuya segunda e indisoluble premisa es **Sexualidad = Heterosexualidad**, androcéntrica, por más señas) es violencia sexual que se ejerce contra **todas** las mujeres y no sólo contra las lesbianas, no estaremos en condiciones de afrontar la lucha contra las violencias que se derivan de él, desde una mínima coherencia.

El adoctrinamiento y los canales normalizados, los «no violentos», son el triunfo de una red de medios impositivos que funciona reduciendo al mínimo el enfrentamiento entre las personas y la sociedad y que consigue de aquéllas que se adapten a ésta sin darles oportunidad de observar críticamente sus contradicciones. Pero hay otras formas, que el propio sistema no ha tenido más remedio que reconocer como «violentas», de imposición de su modelo sexual. Estamos ante el caso de la violencia física directa que supone la violación, o la «trata de mujeres» o la prostitución infantil... Son sólo los aspectos más sangrantes de la violencia los que la sociedad está dispuesta a reconocer como tales. Puesto que de la violencia física hay bastante literatura feminista, me limitaré aquí a recoger unos cuantos aspectos.

De ahí precisamente, de la crueldad y la evidencia de tales violencias físicas, viene la urgencia que el movimiento feminista debe dar a las campañas contra las agresiones sexuales. Para llegar a las mujeres que todavía no están con nosotras, sería insensato empezar por soltarles un discurso como éste en el que hemos intentado dibujar el panorama general en que se desarrolla todo tipo de violencia contra las mujeres y, más específicamente, la violencia sexual. Conectaríamos con muy pocas mujeres o con ninguna. Sin embargo, es tal el grado de ensañamiento con que se nos agrede en tantas ocasiones, que, el mínimo grado de conciencia, no ya frente a nuestra opresión específica, sino simplemente frente a la injusticia más descarnada, por



CamScanner

parte de muchas mujeres, salta para indignarse y las coloca en situación de luchar formando parte del Movimiento. Serán ellas mismas las que, como nosotras, irán viendo luego que la violencia tiene más tentáculos y más profundamente anclados y que somos víctimas de más agresiones, aunque menos evidentes. Tenemos que ir delante para que, cuando se produzcan esos brotes de indignación en las vecinas de una mujer violada en el barrio, por ejemplo, podamos hacer que pasen de ese primario grado de conciencia frente a la justicia, al grado de conciencia que necesita nuestra lucha.

Si algo teme el orden social frente a la aparición de la violencia manifiesta, es, precisamente, que quienes son testigos de ella pasen de una «lógica indignación» a una incómoda actitud combativa y pasen de interpretar estos casos como «casos aislados» a interpretarlos como lo que son: sólo puntas de un iceberg al que todavía no se le ha visto el fondo.

Y sabemos que el propio orden social establecido considera violentas tales formas de imposición de su modelo sexual porque tiene previsto y tipificado el castigo. Pero, en el castigo mismo, y en el modo de aplicarlo, podemos observar la contradicción en que se mueve el sistema de valores de esta sociedad. Empezando, por ejemplo, por lo que considera violación y lo que no. En una sociedad donde no sólo la heterosexualidad, sino la heterosexualidad androcéntrica (todavía hoy básicamente genital, coital y reproductiva) es la única forma válida de sexualidad, resulta coherente que la violación requiera, para tener consideración de tal, que se dé la penetración del pene en la vagina.

En una sociedad que sigue mitificando la virginidad como la prueba de la exclusividad de la posesión de una mujer por parte de un hombre, resulta coherente que se castigue más duramente la violación de una «virgen» y hasta resulta coherente que un violador, que esperaba ser «estranador» y dueño de su víctima, al comprobar, penetrándola, que no es virgen, «se enfade y la mate»... por «zorra». Resulta coherente que, en una sociedad donde la mujer es propiedad del marido, no se den muchas denuncias de lo «indenunciable»: la violación del marido a la esposa; claro está que no puede denunciarse lo que es llamado «débito» conyugal. Es coherente que, en una sociedad donde la mujer es propiedad de los hombres, los que se sientan ofendidos en su honor cuando les violan a *sus* mujeres sean sus dueños y es coherente, pues, que se castigue más al violador de una mujer casada, siempre que el violador no sea su propio marido, que al violador de una mujer «liberada», sin «dueño», que se atrevía a ir sola por la calle y que sin duda provocó la incontenible naturalidad del cumplimiento del deseo sexual de su «benefactor». Es coherente que el que «hace un favor», el «donante de placer», se extrañe de (y a la vez le agrade) ver la ira con que es recibido su regalo por parte de la favorecida por su ataque... Es coherente que se produzcan, y a la vez se silencien más que ningunas, las violaciones de los padres a las hijas, de los hermanos a las hermanas, de los cuñados a las cuñadas. Es coherente la violación del jefe ante la amenaza del despido... Etcétera. Un largo etcétera de brutales «coherencias».



El orden social que padecemos no puede permitir violencias físicas tan evidentes, pero ya vemos que tampoco puede castigarlas con rotundidad en muchos casos porque ello implicaría dejar al descubierto el sistema de valores que las han provocado y que son los que sustentan y reproducen su modelo sexual. El robo, por ejemplo, no plantea problemas: es castigado rotundamente y desde su raíz porque en la raíz del castigo está la consideración de la propiedad privada como derecho incuestionable. Sin embargo, la mayor o menor contundencia en el castigo de un violador dependerá, entre otros factores que tienen que ver con el «status» social al que pertenezca, de uno muy importante: los derechos que puedan tener sobre la violada padres, hermanos o maridos.

Y lo que aparece con claridad es la negativa a considerar a la mujer absolutamente dueña de sí misma.

Porque forma parte crucial del esquema social que la mujer no tiene identidad por sí misma, si no es en tanto que un hombre se la da. Y, tan es así, que hasta nuestro ser, *ser mujer,* depende de que un hombre tenga a bien dárnoslo. Todas hemos oído decir (y deberíamos habernos excitado al oírlo) «voy a hacerte mujer»... ¿Qué fuimos antes de que un hombre tuviera a bien darnos el ser? o ¿Fuimos algo siquiera? Son preguntas de difícil respuesta.

Es esta sociedad la que dice que dotar de entidad, dar sentido, es «bueno»; es esta sociedad la que dice que dar placer a quien no lo tendría si no «le fuera dado» es «bueno»; es esta sociedad la que dice que poseer es «natural» para los hombres y ser poseídas «natural» para las mujeres; es esta sociedad la que dice que el hombre naturalmente «desea» y «busca» el cumplimiento de sus deseos y la mujer «naturalmente» lo que desea es «ser deseada» y lo que busca es que «la encuentren». Por eso no es de extrañar que el primer sorprendido ante el castigo impuesto por la misma sociedad sea el propio violador.

A menudo se nos presenta al agresor de mujeres como a un (y no importa de qué tipo) «enfermo mental». ¿Por qué? De ser así, tendríamos que definir su «trastorno» como la absoluta adecuación de una mente a los contenidos que rigen esta sociedad y tal parece que ésa fuera más bien la noción de «cordura» que tiene esta sociedad. No hay más «trastorno» que el haber «exagerado» la asimilación de los contenidos que hemos venido comentando hasta aquí.

Este tipo de explicaciones suele ser bastante frecuente cuando la sociedad es incapaz de dar otras sin entrar en contradicción con sus propias normas. Y son explicaciones la mar de eficaces, además de socorridas, porque consiguen que la monstruosidad de una agresión brutal sea vista —precisamente dándole bombo y platillo, basándose en la descripción de su propia brutalidad— como obra sólo posible de un loco y un monstruo brutal. El mensaje latente se vuelve así doblemente contra nosotras: «un hombre normal no haría eso».



CamScanner

Los pormenores con que suele relatarse las más horribles agresiones contra las mujeres podrían sernos favorables, dado que muestran la espantosa crudeza con se dan, de hecho, y dado que podrían servir para despertar más vivamente el rechazo generalizado. ¡Ojalá fuera así siempre, pero hay mecanismos para que no lo sea! La narración sangrante, detallada, de un episodio atroz de la violencia contra nosotras responde más bien a la necesidad de apuntalar mejor ese mensaje, convirtiéndolo en moraleja de lo que se ha contado; a veces, incluso, es una moraleja explícita: cuanto más monstruosa sea una agresión, más posibilidades tiene de convertirse en noticia y, cuando se convierte en noticia, sirve para «demostrar» que se trata de un «episodio» y no de una cotidianeidad; que se trata de un agresor enfermo, que porque está enfermo es agresivo, y no de un agresor tan normal y tan cercano como podrían serlo muchos de los que nos rodean, aunque, eso sí, un «pelín exageradillo».

## «CUATRO LOCAS, HISTÉRICAS Y EXAGERADAS»

Hay un interés primordial, y en muchos casos meditado, por parte del poder establecido, en desprestigiar a los grupos sociales que se le enfrentan. Y cualquier medio es válido para alcanzar ese objetivo, por muy ridículos que nos parezcan algunos; caeríamos en un grave error si, por ridículos, los consideráramos inofensivos, porque casi nunca lo son. Es desde ahí desde donde debemos entender el desprestigio que se articula constantemente contra nosotras, las feministas; se lo debemos al carácter revulsivo que supone para esta sociedad nuestro movimiento. La imagen que se da de las feministas en los medios de comunicación sería tema bastante para otro artículo. Aquí nos interesan sólo algunos aspectos y algunas formas de tal desprestigio.

Formas bastante eficaces son, por ejemplo: minimizar nuestra influencia y nuestro número, dejarnos constantemente fuera de contexto, vaciar de contenido nuestro discurso usurpando nuestro lenguaje para dar validez a reformas que no nos satisfacen, dando voz y bandera de nuestra lucha a mujeres que no están en nuestra lucha, negándonos logros que son atribuidos «a voluntarismos» políticos venidos como maná de la mismísima administración... Todos esos ardides no sólo nos afectan de cara a la imagen que pueda formarse con ellos el resto de las mujeres, sino que nos afectan a nosotras mismas en la medida en que no seamos capaces de valorar bien, al margen de cómo nos valoren fuera, nuestros triunfos, el número de las que nos reunimos, nuestra propia historia como movimiento...

Dentro de esta articulación del desprestigio, es frecuente oír de nosotras que somos unas exageradas, que hablamos de cosas que ya están superadísimas, que hacemos de un caso aislado una generalidad... cuando se refieren a nuestras denuncias de las agresiones. («Hoy los maridos ya no se dedican a pegar a sus mujeres; estáis pasadísimas, eso era antes, hoy eso se da muy poco...». «Vosotras véis un violador detrás de cada esquina y los violadores son enfermos o delincuentes...». Para muestra, valen estos dos botones de lo que dicen; ahora los analizaremos despacio.)



Teniendo en cuenta que ninguna persona puede abarcar más campo de observación directa que el que le rodea en pocos metros a la redonda ni puede tener más noticias de observación directas que las que proceden de sus cuatro amigos; teniendo en cuenta que son los medios de comunicación los encargados de mostrarnos (lo decíamos antes) una parte de la realidad como si fuera *todo* lo que se da en la realidad, más aún, «la realidad misma»... no es de extrañar que estos comentarios estén tan extendidos.

Hay dos viejos axiomas-chistes periodísticos que pueden ayudarnos a comprender este fenómeno. El uno dice que no es noticia que un perro muerda a un niño... pero que es noticia, y mucha, que un niño muerda a un perro. (Más noticia será aún que sea una niña la que muerda al perro... porque el ejemplo, como todo, lo ponen en «boca» masculina...) Claro. Lo cotidiano, lo habitual, lo esperable, desde luego es contrario a lo que se entiende por noticia. Tan frecuentes son las palizas de maridos a mujeres, por ejemplo, que no son noticia. Pero resulta que son los medios de comunicación los que nos muestran la realidad, y es entonces lógico que se acabe diciendo que en la realidad no son frecuentes los malos tratos ni las violaciones ni casi nada de lo que nos agrede a las mujeres. Y esto no ocurre sólo en las macromagnitudes de los medios de comunicación de masas. Las que hemos vivido en un pueblo, por ejemplo, sabemos que nadie conoce a todos los maridos que pegan a las mujeres (todo lo más llega a conocerse al que no sólo se «limita» a pegarle, sino que se «ensaña» con ella... y digo todo lo más). Sin embargo, conocemos a todas las mujeres, con nombre, apellidos y mote, que pegan a sus maridos (o que tienen fama de hacerlo, o que podrían hacerlo por ser más fuertes que ellos... porque nunca se sabe lo que hay de cierto al final del cotilleo). Pero el caso es que se las conoce, porque resaltan más «las niñas que muerden a los perros, que los perros que muerden a las niñas».

Por otro lado, las mujeres, para esta sociedad, somos víctimas de «goteo», no de catástrofe. Porque el otro axioma periodístico dice: «¿ha habido un accidente de tráfico? ¿cuántos muertos? ¿sólo dos? No, no vale». Sabemos que un accidente de tráfico es más o menos noticia a partir de los cuatro o cinco muertos. Las víctimas del tráfico son víctimas de «goteo», no de catástrofe.

Así las cosas, **no** son noticia nuestras agresiones por ser cotidianas, precisamente (son del tipo perro-muerde-niña y no del tipo niña-muerde-perro) y **tampoco** son noticia nuestras víctimas porque, de lo cotidiano, sólo es noticia la catástrofe, no el goteo. Por ninguno de los dos lados encontramos siquiera en el apartado de sucesos de esta sociedad. Y, si no entramos, no nos pasa, eso no ocurre, eso no sucede. Tampoco interesa que se sepa que sucede. Parece que sólo nosotras lo supiéramos («Las feministas exageran y están tan pasadas, que hablan de cosas que hoy ya se dan muy poco»).

La única posibilidad de que las agresiones a las mujeres sean noticia, es que sean especialmente brutales, especialmente sangrantes, y entonces se nos hace más grande el nudo de la garganta, porque ya hemos visto cómo funciona entonces el esquema: entonces aprovecha precisamente el carác-



CamScanner

ter brutal de estas agresiones para convertir en «raros especímenes» a los agresores; aprovecha para «demostrar» que sólo individuos enfermos son capaces de agredir a las mujeres, que un individuo, hombre normal, no agrede nunca a una mujer. El círculo se cierra cruel y perfectamente.

Nosotras le abrimos y seguiremos abriéndole brechas... Porque no somos cuatro, no estamos histéricas, no exageramos y estamos aprendiendo a morder a los perros.

## (...O DE LA NO EXISTENCIA DEL LESBIANISMO)

Dentro del mecanismo de limitación, habíamos visto que una de las formas limitatorias más primarias es la simple y llana negación de que existan otras posibilidades que las que se ofrecen. Simplemente no existen. No se mencionan siquiera. Las lesbianas no hemos existido para la historia a juzgar por lo poco que ha trascendido. Si se da por supuesto que las mujeres no tienen una sexualidad propia y autónoma, sino dependiente, en todo caso, de la del varón, ¿cómo pueden existir mujeres cuya vida sexual tenga por centro otras mujeres? ¿cómo es posible desobedecer, supuestos ya, los dictados de la «Naturaleza»? No se sospecha, por ejemplo, el lesbianismo de dos mujeres que viven juntas y se demuestran cariño, no porque esta sociedad sea remisa a los «a priori», antes al contrario, sino por algo peor, porque no le cabe a casi nadie en la cabeza que haya algo más que lo que se ve entre esas dos mujeres.

Pero, no porque exista un modelo sexual dominante ni porque los caminos para imponerlo sean efectivos y numerosos, se logra hacer que todos los miembros de una sociedad lo sigan. Dicho de otro modo: a pesar del afán totalizador de los sistemas sociales, siempre ha habido en ellos elementos que, por unas razones u otras, y aunque no medie en tales razones un espíritu crítico, han vivido «desviados» de tales modelos. Lesbianas, las ha habido siempre, más o menos combativas contra las normas sexuales imperantes o nada combativas, y su propia existencia ha obligado a que «su caso» sea explicado conforme a lo que mejor cuadra al orden social.

Sólo cuando no queda más remedio que mencionar algo de lo que no quiere hablarse, se menciona. Unas veces porque los grupos oprimidos han chillado demasiado, tanto, que se les oía; otras veces porque los esfuerzos racionalizadores de las sociedades modernas lo exigían y otras, simplemente, para atajar un mal peor: el que podría suponer, para el orden social, dejar sin explicación los casos que no se atienen a sus normas y correr el riesgo de que se atentara contra la propia norma con otros planteamientos y otros discursos. El lesbianismo ha sido explicado en tanto que «desviación de», no en tanto que lesbianismo. Muchas veces estas explicaciones no han pretendido otra cosa que dar «credibilidad» a la norma sobre la base de responder, según los propios criterios sobre los que se fundamenta la normalización, a sus «desviaciones». De manera que los «porqués» que se han dado al lesbianismo han tenido casi siempre el mismo esquema, lo que ha variado a lo largo de la historia ha sido la «moda científica» con que se han vestido tales explicaciones. Así, por ejemplo, antes se creía que era una tara física la culpable de nuestro comportamiento «anormal». Una hormona distinta que se buscó afanosamente y que jamás pudo ser encontrada. Un desequilibrio hormonal (falta de hormonas femeninas) pero, al intentar experimentalmente el tratamiento de las lesbianas con hormonas femeninas, se comprobó que las hormonas, efectivamente, influían en el deseo sexual de estas mujeres, aumentándolo, sí, pero en el mismo sentido que antes, es decir, eran más «deseosamente» lesbianas. O, más moderna y sutilmente, y por abreviar, la explicación del lesbianismo habría que buscarla en algún desequilibrio psíquico, preferentemente fechado en la más tierna infancia(*).



En todo caso, el lesbianismo es tenido por una forma de desviación, vicio, perversión, posesión satánica o pecado «contra natura».

Negar el lesbianismo como una posibilidad y explicarlo, en el más favorable de los casos, como una enfermedad y una desviación de «lo natural» ha respondido a la necesidad que ha tenido la sociedad patriarcal de esconder el carácter impuesto, no elegido ni natural, de su modelo de heterosexualidad androcéntrica. Nada más sencillo que explicar lo «anormal», como desviación de lo «normal», para no tener que explicar la misma normalidad. Esto, dicho así, parece complicado, pero no lo es.

¿Cómo se llama a una persona que tiene dos piernas? ¿Y a la que tiene dos brazos? ¿Y a la que tiene dos ojos? No podemos responder a estas preguntas porque la lengua —que está muy lejos de ser ajena a los dictados de la sociedad que la crea y la utiliza— no tiene previstas esas palabras. Tenemos, y sabemos qué significan, las palabras *coja, manca* y *tuerta*... Pero, de quien tiene dos piernas no sabemos más que «que es normal» y es «normal» la persona que tiene dos brazos. Desde luego que ser manca, coja o tuerta no corresponde al común de la especie ni a la información genética con que se desarrolla un nuevo individuo de la especie; por tanto, no sirve para **diferenciar** a una persona de otra decir de ella que tiene dos ojos. Hay realidades que no ha sido necesario «nombrar» porque eran «normales» y, en tales casos, era mucho más **diferenciador** nombrar los aspectos que contravenían esa normalidad. Pero pensemos ahora en lo que supone incluir en esta lógica nuestras orientaciones sexuales. Es evidente que esta sociedad considera «normal», *propio* de todos los individuos, ser heterosexual. Tan normal lo considera, que muy pocas mujeres, comportándose toda la vida como heterosexuales, sabrían decir qué significa la palabra «hetersecual», pero casi todas sabrían decir qué significa «bollera» o «tortillera» y hasta «lesbiana». A la pregunta: ¿por qué eres lesbiana?, que tenemos que padecer todas las que

(*) Todavía hoy día se siguen repitiendo estas aberraciones. Véase, por ejemplo, el folleto *Sexualidad Humana*, editado por la Dirección General de Salud Pública del Ministerio de Sanidad y Consumo: «Diapositiva nº 18. (Otras formas de sexualidad. Homosexualidad.) Las causas son muy difíciles de determinar y nunca se puede atribuir a una sola en concreto. La mayoría de los autores coinciden en éstas: inseguridad frente a su propia identidad sexual o identificación con la figura paternal del sexo opuesto (la niña se identifica con el padre y el niño con la madre), desarrollo de un narcisismo inadecuado, deseo de los padres de tener un hijo del sexo opuesto al que nace (p.e. cuando se desea una hija y nace un niño, a éste se le educa y hasta viste como si fuera una niña, de manera que adopta el rol del sexo contrario al suyo). También puede existir cierta predisposición genética o alteraciones hormonales.»



CamScanner

decimos serlo, no se corresponde, en equivalencia, la de: ¿y tú? ¿tú por qué eres heterosexual? Y es que lo «normal» no necesita ser explicado, cuando ha sido elevado a la categoría de tal. A mí, responder a la pregunta ¿por qué eres lesbiana? me cuesta un quebradero de cabeza y por eso me parece un privilegio, que no estoy dispuesta a aceptar, que los y las heterosexuales no hagan el mismo esfuerzo por explicarme a mí sus porqués.

Porque resulta que, **ser**, no somos ni lesbianas ni heterosexuales. Porque resulta que no nacemos ni heterosexuales ni lesbianas, ni siquiera bisexuales. Porque resulta que nacemos capaces de relacionarnos sexualmente. Punto. Serán luego nuestras experiencias personales, (y, en algunos casos, más que nuestras vivencias personales, los modos de nuestra sociedad), los que vayan decantando nuestras orientaciones sexuales. A veces, entre nosotras (*que nos queremos tanto*), hemos jugado con los verbos **ser** y **estar** y hemos dicho «yo no **soy** lesbiana, yo **estoy** en lesbiana... y antes **estuve** en heterosexual». Decirnos lesbianas en una sociedad que nos niega y nos reprime es importantísimo, no sólo de cara a nuestra lucha como feministas, sino de cara a nosotras mismas, para plantarles cara a las vergüenzas que nos han interiorizado, a la alienación sexual a la que nos han sometido; para ver con orgullo el haber sido capaces de llevar a la práctica, a pesar de todos los pesares, lo que no nos pesa porque nos satisface: querer a otras mujeres. Quererlas de esa manera que especialmente no nos dejan. Somos conscientes de lo importante que es decir «yo soy lesbiana». Pero también somos conscientes de la falsedad de la barrera que nos «clasifica» a las unas como lesbianas y a las otras como «normales» (= heterosexuales). Que nos *clasifiquen* y nos *diferencien,* no por nosotras mismas, sino por otra persona, por la persona con la que nos relacionemos sexualmente, es algo que nos viene impuesto por esta sociedad. Y nosotras a la que aspiramos es a una sociedad en la que no tenga sentido una clasificación de los seres humanos según el criterio de con quién se relacionen sexualmente; que no tenga sentido porque no aporte nada definitorio el hecho de tener una práctica heterosexual o tenerla lesbiana.

Hemos oído a veces, incluso dentro del movimiento feminista, planteamientos del tipo de: «Las lesbianas tenemos una identidad propia y distinta de la que tienen las heterosexuales»... «Las lesbianas tenemos que encontrar nuestra propia identidad y las raíces de nuestra cultura específica». En las charlas a las que he asistido en nombre del Colectivo, rara ha sido la vez que no se han planteado preguntas del estilo de: «¿cómo es que las lesbianas siendo lesbianas, reproducen también los roles de hombre-mujer dominantes?». Es curioso que ambas cuestiones, que aparentemente tienen muy poco que ver la una con la otra, mantengan, sin embargo, un hilo común: consideran que las lesbianas, *por el solo hecho de ser lesbianas,* tenemos una identidad específica capaz de determinar comportamientos, actitudes y aptitudes, pensamientos, ideas y hasta cultura propias... Nosotras hemos aprendido que no es así, que el deseo lésbico no nos hace más combativas ni menos, ni más ni menos feministas tampoco. Hay lesbianas que no cuestionan en absoluto la sociedad patriarcal que las margina. Si algo nos **identifica** en ese sentido es ser mujeres y mujeres feministas.



Si lo que queremos decir es que las lesbianas, a lo largo de la historia, hemos tenido que desarrollar, forzadas por la persecución de nuestra sexualidad, maneras de vivir algo distintas de las demás mujeres, formas propias de llevar a cabo nuestra «existencia lesbiana» en sociedades que no la permitían; que hemos desarrollado una cierta independencia «vivencial» de los hombres, conscientes o no de lo que eso podría suponer para el resto de las mujeres; que, en cierto modo, hemos aprendido a valorarlas más, a juzgarlas por si mismas, sin tener como puento de referencia lo que de ellas opinen lo hombres; que hemos aprendido a estar más cerca de ellas, a sentirnos más próximas, más hondamente comunicadas las unas con las otras; que el desarrollar nuestra sexualidad lesbiana, socialmente negada, puede llevarnos a rechazar esta sociedad patriarcal y a organizarnos para luchar contra ella... si lo que queremos decir es eso, digamos eso y buceemos en esos aspectos de nuestra existencia específica para desentrañarlos, conocerlos mejor y hacerlos conocer a las demás mujeres, pero no llevemos la discusión a términos tan confusos como los de «identidad».

Buscar una identidad lesbiana, con lo que ello implica de **definir** lo que es **ser** lesbiana con un criterio más amplio que el de nuestra práctica sexual y el de ser mujeres en esta sociedad, podría ser un error importante. Sería admitir la *clasificación* misma que nos ha colocado como lesbianas frente a la normalidad de la heterosexualidad y seguir haciendo lo mismo que ha venido haciéndose a lo largo de la historia: «explicarnos», darnos un «porqué», meternos dentro de una explicación que acabaría restableciendo el equilibrio entre que lo natural es ser heterosexual y por qué, entonces, y a pesar de ello, hay individuos que no responden a la «naturaleza» de los demás. Porque, incluso en el uso común de la palabra «identidad», están implícitos significados de algo que es de raíz, de fundamento, de naturaleza, de nacimiento en último término. Sería no cuestionar que la clasificación entre quienes **son** (de identidad) heterosexuales y entre quienes **son** (de identidad) lesbianas es impuesta. Sería un error porque ya hemos visto que las clasificaciones de seres humanos y los **criterios de identidad** con que se han hecho tales clasificaciones son una convención social que responde casi siempre a los valores sociales dominantes. ¡Ojo con eso! porque la historia demuestra que, a la hora de clasificar a los seres humanos, muchas veces se establece primero **lo necesario de clasificarlos,** según interese **definir las diferencias**, marginando unas en favor de otras, y es sobre esa base sobre la que se dota de **identidad** lo que era «a priori» necesario diferenciar. Pero sabemos que el tipo de sexualidad dominante y sus formas de manifestarse no están determinadas biológicamente. Buscar una identidad de algo implica **definir y diferenciar** ese algo de otro algo que podía estar a su lado. Buscar una identidad lesbiana sería buscar una explicación de algo que no puede ser explicado más que por oposición-diferenciación de otra supuesta «identidad heterosexual». Y haber establecido la heterosexualidad que conocemos hoy como una **identidad** ha sido, **precisamente, uno de los grandes triunfos de la sociedad patriarcal.** La supuesta identidad heterosexual ha sido cimentada mucho más allá de la relación sexual física hombre-mujer, ha sido cimentada, sobre todo, en los roles patriarcales hombre-mujer. La supuesta «identidad femenina» ha sido cimentada mucho más allá de la diferencia física vulva versus pene, ha sido cimentada en la dominación del hombre sobre la mujer.



CamScanner

¿Sobre qué base tendríamos, pues, que cimentar otra supuesta identidad lesbiana? A las mujeres nos identifica padecer una opresión específica, la opresión patriarcal. ¿Tiene la opresión de la sexualidad de las lesbianas bases distintas que las de la opresión patriarcal de la sexualidad de las mujeres? ¿No es más cierto que la opresión de la sexualidad lesbiana es, eso sí, una de las pruebas más claras de la opresión sexual que padecemos, en tanto que mujeres, porque lo que no se nos deja es ser autónomas sexualmente? ¿No atentaríamos más contra las bases patriarcales de esta sociedad si, lejos de pretender crear una identidad lesbiana, que consolidaría la supuesta identidad heterosexual, y dependiente del hombre, de las mujeres, pretendiéramos, sin embargo, desmentir que haya identidades sexuales propias en un mundo donde la sexualidad se limita a la heterosexualidad androcéntrica al servicio del denominador común del sometimiento de la mujer al hombre? ¿No sería más fácil, más preciso y menos conciliador con los criterios clasificatorios del patriarcado hablar del potencial sexual de relación entre los seres humanos, que no está predeterminado ni fijo, sino que es plástico y riquísimo, y de, por contra, el férreo, y opresivo para las mujeres, modelo heterosexual androcéntrico dominante?

## DE LA VIOLENCIA ESPECIFICA CONTRA LAS MUJERES QUE AMAN A OTRAS MUJERES

Lo que voy a contaron ahora es parte de lo que me ha pasado a mí y parte de lo que les ha pasado a otras como yo, que pondré en mi boca todo junto, con comentarios, ideas y largas discusiones que hemos tenido en nuestro colectivo y que nos han servido para pasar, de la vergüenza en que nos ponen, al orgullo y el mucho regocijo interno con que hoy nos decimos feministas y lesbianas.

Yo no nací lesbiana ni heterosexual, ni bisexual siquiera. Que nací como todo el mundo: con la posibilidad de desarrollar una gama impredecible de relaciones afectivas y sexuales con los seres que me rodearan. Pero se tomaron el trabajo de que fuera con anteojeras a ser gustosa sólo de los hombres; me predijeron la heterosexualidad en uno de los oráculos más crueles de mi vida, que fue cruel porque después se vio que no estuve yo por seguirlo a pies juntillas.

Nací prematuramente, pero no con relación a otras niñas y niños, sino con relación a los mamíferos no humanos. Quiero decir que estuve en el vientre de mi madre nueve meses bien cumplidos, pero que, como humana que iba a ser, nací prematura, mermada biológicamente para sobrevivir por mí misma hasta por lo menos un año después de haber nacido. Que los seres humanos somos todos prematuros lo dijo un tal Portman. Porque podemos nacer en cualquier época del año, incluso en invierno, y nacemos desnudos... Si no fuera porque nos visten y por las estufas, no seríamos viables. Necesitamos, como especie humana, la inteligencia y la sociedad para sobrevivir... y el fruto de ambas, la cultura, que viene a sustituir lo que a otras



especies les viene por información genética. Nuestras formas de adaptación al medio ambiente (como para otras especies son el pico así o asao, el pelo o las plumas) son la sociedad, la inteligencia social (cultura) y la inteligencia individual. La información genética que otras especies traen, a través de los instintos, para salir adelante, nosotras la adquirimos a través del aprendizaje de nuestro cerebro. Nací, pues, social e inteligente; lo que hubiera tenido que darme el instinto iba a dármelo la sociedad. Y esto, así, de primeras, no parecía cosa mala, antes al contrario, motivos tenemos para alegrarnos, porque el instinto es férreo y mandaría él donde hoy puedo mandar yo, mientras que mi inteligencia y mi sensibilidad son plásticas y están abiertas a muchas más respuestas ante los mismos estímulos.

Pero el tiempo, y precisamente la capacidad creativa y crítica que tenía mi cerebro, me advirtieron después que esa libertad (frente a los actos instintivos, automáticos y reflejos) con que había nacido gracias a las conquistas evolutivas de mi propia especie se iban a empeñar unos cuantos en estropeármela, en dificultármela, por no decir que unos cuantos iban a empeñarse en que la perdiera del todo incluso antes de haberla empezado a disfrutar. Que, como resulta que no nací desde la cuna como ellos hubieran querido, era menester que desde la cuna empezaran a moldearme como ellos querían.

Cuando yo vine al mundo, ya estaban aquí preparados para las amputaciones. Mi padre, mi madre, mis abuelos... (pero, sobre todo, mi padre, al que llamaban *cabeza*) eran LA FAMILIA; la que hoy sé que es una de las peores maneras que han podido encontrar de relacionar a los seres humanos y, especialmente, la más aberrante manera, para una mujer, de llegar a eso que dicen que es *sentar la cabeza.* Que digo yo que, si sentar la cabeza es formar una familia y en la familia no hay más *cabeza* que la de mi padre, ¿dónde está la cabeza de mi madre? El caso es que en la escuela, en mi libro de Ciencias de la Naturaleza, leí yo que «el cuerpo del hombre consta de cabeza, tronco y extremidades», pero allí no decía de qué constaba el cuerpo de la mujer, así que es probable que no tengamos cabeza. La escuela fue un sitio que ayudó mucho, según he sabido luego, a que yo no supiera que podía saber más y mejor y que ayudó en lo que pudo a hacerme comprender que una mujer debía parecerse lo más posible a una cajita de música, que está preparada para abrirse sólo si otro la abre y está dispuesta a sonar sólo si ello es placentero para su dueño... y siempre con una coplilla fija.

Y en medio de todo esto, como el jueves, (pero como un jueves santo) estaba la religión. Tenía yo tanto interés en saber de mí misma lo que nadie me decía, que, cuando oí que en el Evangelio estaba «la mejor enseñanza de vida» que podía sacarse, me dediqué a leerlo con mucha aplicación y a aprendérmelo de memoria, como el Catecismo. Varios repasos le di, del derecho y del revés, por ver de encontrar en él, «que todo lo contenía», noticia de gente como yo. Púsoseme detrás de la oreja, no la paloma del Espíritu Santo, sino una mosca zumbona en cuanto me di cuenta de que el tal Cristo no eligió más que a hombres para que le acompañaran y fueran sus amigos. Si hubiera tenido sólo dos o tres amigos, no me habría escamado tanto, pues hubiera consentido en pensar que fue la casualidad la que dictó que sus «elegidos» fueran todos viriles. Pero no fueron sólo dos o tres, sino doce, y



CamScanner

que digo yo que, entre doce, ya era mucha casualidad que no hubiera ninguna mujer. No tuve más remedio que pensar mal. Y, lo que son las cosas, después descubrí que las películas de aventuras de hoy en día le deben parte de sus guiones al Evangelio porque Cristo, sintiéndose morir, le encargó a su «discípulo amado», un tal Juan, que cuidara de su madre, como si su madre no supiera cuidarse sola; mismamente lo mismo que cuando el protagonista de la película presiente que va a morir y va y le dice al hijo de siete años: «Hijo, tú ya eres un hombre, prométeme que cuidarás de tu madre cuando yo no esté.» Y es que siete años de hombre valen más que treinta de mujer.

Las monjas decían que teníamos que vivir «según el Evangelio» y... bueno, menos mal que no les hice nunca mucho caso porque, si hubiera vivido «según el Evangelio», no habría tenido más que tres maneras de vivir pues sólo tres veces aparecemos en él como protagonistas. La una, como *virgen* y como *madre,* muy al principio, cuando lo de María. La otra, como *prostituta,* hacia la mitad, cuando lo de la Magdalena. Y la que queda, como *cotilla,* al final de todo, cuando lo de que son tres mujeres las que se percatan (¿Qué habrían ido a hacer allí?) de que Cristo no está en su tumba y bajan corriendo a contárselo a todo el mundo. Pero hay que reconocer que en lo que sí tenían razón las monjas era en decirme que el Evangelio era «como la vida misma», que resulta que es cierto que las mujeres en la vida no podemos ser más que vírgenes o madres, prostitutas y cotillas.

Después de ver todas estas cosas, yo ya estaba muy desanimada con lo de la religión, la verdad, pero lo intenté una vez más, para que no dijeran de mí que no tenía buena voluntad. Fue entonces cuando, como decían que el Evangelio era el Nuevo Testamento, pensé que a lo mejor en el Viejo encontraba algún motivo de alegría, aunque ya se me antojaba a mí difícil que, si los modernos pensaban así, fueran a pensar mejor los antiguos. Y así fue como empecé a leer la Biblia. Nada más empezar, me encuentro ya con que Dios ni siquiera tenía pensado crearnos a las mujeres; que primero creó al hombre y yo no sé por qué nos extrañamos ahora de que los hombres sean como son, si parece ser que los creó a su imagen y semejanza... Y que fue luego, por hacerle un favor al hombre, para que no se aburriera, pobrecito, por lo que creó a la mujer. Por la cosa de la entretenta. Que hasta el Ser Mujeres se lo debemos a los hombres, a su aburrimiento y a su costilla. Esto, así, de sopetón, a la entrada misma de la Biblia, como quien dice, era como para desilusionar a la más pintada... y yo no hacía más que pensar que todavía me quedaban más de mil quinientas páginas por delante. Pero, ea, ya puesta, decidí continuar, aunque ya sospechaba yo que lo que así empezaba no podía acabar bien. Date. Vuelvo la hoja apenas y me topo de bruces contra la Gran Verdad del Universo: que resulta que las mujeres somos las introductoras del Pecado y somos las genuinas, originales, responsables de todos los males de la Tierra. Mucho. Y Dios condena al hombres, según él por haberle hecho caso una sola vez a la mujer, a ganarse el pan con el sudor de su frente, es decir, a recibir un sueldo. Vaya. Y a las mujeres nos condena Dios a parir, y no sólo a parir, sino al *inri* de parir con dolor. Mucho. Demasiado para un solo libro.



¿Y la Iglesia? De eso mejor no hablar, que a mí misma, María Bielsa*, me quemó la Iglesia aquí, en las Españas, en su Santo Tribunal de la Inquisición... Me quemaron mi cuerpo entero (mis muslos, el Monte donde Venus tenía su templo, la lisura de mi vientre, la valentía de mis pechos, el orgullo de mi cuello, el atrevimiento de mis mejillas, la desfachatez de mi frente, la misteriosa luz de mis ojos, mis cabellos como briznas de hierba y hasta mis lágrimas como rocío me quemó la Iglesia), por bruja, que ahí quedaron escritos mi tortura, mi proceso y mi condena... Y no contentos con quemar mi cuerpo, mandaron mi alma a quemarse eternamente en el infierno. ¿Qué queréis que os diga yo de la Iglesia? Es verdad que hay muchos hombres a los que no les dejan decir ni pío, pero es que las mujeres ni siquiera podemos decir misa...

Con estas cosas rezumando malos humores desde la trastienda, hasta quien tenga muy poca imaginación podrá hacerse a la idea de lo muy dificilísimo que es, para una mujer que se aleja de la vereda, seguir su propio camino cantando y sin tropiezos. Que más bien estaba todo puesto para que diera traspiés cualquier mujer y para que se diera de bruces, muy especialmente, la que notara en ella desde pequeña que tenía querencia por las mujeres. Que si era desde pequeña que te apuntaba el deseo que llaman lesbiano, al mismo tiempo te apuntaba también el índice que acusa y que te hace sentir culpable de amor y rara de preferencias. Desde pequeña, o en cuanto reconocías el deseo de otras como tú para estar contigo, te entraba una tiritaña por dentro, tanto más feroz cuanto más escondida estaba la fiebre; que guerras las habrá muy duras, pero no creo yo que haya otra más dura y más desgarradora que la que se libra con una misma y tiene por campo de batalla las propias entrañas... pues ya se sabe cómo quedan los campos de batalla después de un combate. El mundo entero te dice que no existe el deseo que tú sientes y acabas no sabiendo quién eres ni si sientes lo que sientes y te imaginas que estás condenada, por tu pecado, a estar sola para siempre porque no puede haber en ese mundo nadie que sienta lo mismo que tú. Y entonces te acoquinas y te entra una tristeza muy honda que no te deja vivir, pues ni puedes vivir como quisieras tú, porque no te dejan los demás, ni quieres vivir como quisieran los demás. Que yo no sé qué entenderán otros por violencia, pero bueno sería que se pusieran a pensar que, si violencia es que te quiebren un brazo en una pelea, violencia es también, y diríase que más grande y más dañina por lo malamente que se curan sus secuelas, que lo que te quiebren sea la sesera, lo que piensas y el amor que tenga que entrarte en ella o tenga que dejarte de entrar.

Las mujeres somos ignorantes de nuestro cuerpo, del placer que puede darnos, de las maneras que puede dárnoslo... y somos ignorantes, supinas ignorantes, de que nuestro cuerpo puede, sin que tengamos ninguna tara, sino el más espontáneo de los deseos, gozar con el cuerpo de otra mujer y con su manera de ser y de sonreír y de estarse o no estarse de esta o de aquella manera... Y no es que seamos ignorantes por tontas, lo somos por lo

(*) Éste es el nombre de una mujer que fue realmente quemada, por bruja, en sentencia del Tribunal de la Inquisición.



CamScanner

mucho y muy bien que nos esconden todo esto. Que digo yo que violencia es, y de las más impunes, que te den la ignorancia como condena para no saber más que lo que quieren que sepamos.

Tan violencia es para las que hemos reconocido ese deseo que tanto se empeñan en negarnos, como para las que no llegan a reconocérselo siquiera en toda su vida; puede que más violencia aun. Abunda más el caso de las mujeres que desconocen de sí mismas que han gustado de otras mujeres alguna vez o muchas veces y le han llamado de mil maneras consoladoras a ese deseo (admiración, por ejemplo, o amistad íntima, o fijación adolescente, o inmadurez afectiva...), que el caso de las que, a duras penas, se lo han reconocido a sí mismas. Difícil será encontrar una violencia tan cruel que pueda compararse a ésta de que nos roben nuestros propios deseos hasta el punto de no llegar a saber nunca que han sido nuestros.

Cuando yo estaba empezando a andar, me caía muy a menudo, claro está, como todas. Unas veces eran chicos los porrazos y otras no tan chicos, que dolían rigurosamente y salían chichones. Mi madre, la pobre, sufría viendo mi tambaleo, pero me daba ánimos para que insistiera en intentarlo una y otra vez. Lo mismo había pasado antes, cuando tuve que comer salado y con la cuchara, que no me gustaba («Eso es que lo has probado poco»). Y lo mismo siguió pasando después en la escuela, que cada cosa que no atinaba, venga a repetirla mil veces hasta que me saliera bien. Y es que después me di cuenta de que se nos educaba para no rendirnos a la primera y para que insistiéramos, después de un fracaso, tantas veces como hiciera falta para conseguir algo. Que el secreto estaba en que viéramos que el fracaso era normal porque casi nada sale bien a la primera. Y estaba en que debíamos aprender de ellos para ir cambiando en los siguientes intentos lo que hubiéramos hecho mal en el anterior. Que digo yo que no está mal esa manera de educarnos, pero en esto, como en tantas otras cosas, iba a saber luego que no me jugaban limpio en cuanto tocara el asunto algo que no quisiera de mí esta sociedad.

Así pasó algo que ya os he contado en la otra parte. Fue que un zagal de mi pueblo me dijo en una siesta en las olivas: «Te voy a hacer mujer». Y a mí me dio tanto miedo que me hiciera mujer, por si acababa siendo lo que en la escuela, en mi familia, en el Catecismo y en todas partes me decían que era *Ser Mujer*, que salí de allí corriendo que me las pelaba. A lo lejos, cada vez más lejos, oía lo que él gritaba: algo parecido a... «calientapellas»... o «calientapollas», no sé muy bien; sé que era una palabra fea que sonaba peor... sonaba a la coplilla de la cajita de música.

Tal es el caso de las relaciones heterosexuales, que así se llaman las que son entre un hombre y una mujer y yo ya había sido «hecha mujer» muchas veces cuando me enteré de que se llamaban así. Si el plan falla, es que ha fallado la manera de plantearlo o el zagal mismo con quien lo planteamos y estamos preparadas para sobreponernos e insistir. Ése es el sentido de «prueba» que tuvo siempre el noviazgo. Y por eso yo, después de que pasara lo de las olivas, pensé que no estaba bien pensar en la cajita de música si quería ser una mujer *normal*. Me dije que no era la única a la que no le salía bien la



primera historia de amor y acabé convencida de que de lo que debía cambiar era de hombre. Aquél había sido solamente mi primer candidato a príncipe azul.

Pero, lo dicho, esto funciona sólo cuando se trata de conseguir algo que la sociedad quiere que consigas: nos dice que tenemos que intentarlo siempre una vez más. Sin embargo, funciona al revés en otros asuntos. Si fracasamos en esos asuntos prohibidos, teniendo en cuenta que ya el mismo intento primero es el peor de los vicios, la más horrible de las enfermedades y el más malvado de los pecados, si fracasamos, digo, no debemos volver a intentarlo; lo que debemos es sacar moraleja y aprender la lección para siempre: «Lo que está mal siempre acaba mal». Mientras que el fracaso, yendo *por lo derecho,* debe servirnos para cambiar las circunstancias que hayan podido provocarlo para alcanzar el éxito final; el fracaso, yendo *por lo torcido,* debe llevarnos a desechar directamente el mismísimo asunto que intentábamos conseguir.

En el caso de una relación lésbica, si falla, es que este tipo de relaciones nunca puede salir bien porque parte de un contra-natura original. Jamás se dirá lo mismo de una relación heterosexual que falle. Que digo yo que si eso no es violencia... Yo le llamo la *violencia del fracaso aleccionador* para que suene así, como lo que es, como cosa gorda y muy sesuda que han ideado contra mí.

Nos lo ponen difícil, nos ponen muy difícil vivir satisfactoriamente nuestras relaciones... entre la culpabilización, la vergüenza, el miedo a que sepan lo que dicen que somos, el miedo a que lo sepamos nosotras mismas... no es difícil acabar pensando que tiene razón la sociedad y que no vamos por buen camino.

Pues siguiendo con esto del fracaso, pero desde otro punto de ojeo, se me viene a la memoria el caso de esos *progres-paternalistas-entiendelotodomal* que llegan y te dicen: «no, si yo lo entiendo, de verdad, me doy cuenta de lo mal que se lo montan muchos tíos, yo mismo, sin ir más lejos, no tengo más que ver cómo me portaba antes con las mujeres... oye, y que tenéis todo el derecho del mundo a que, si no os ha ido bien con los hombres, lo intentéis con las mujeres». Con estos tíos progres siempre te parece que empiezan bien, pero siempre te llevas el chasco al final de la frase. ¡La manía que tienen de buscarle explicaciones al lesbianismo sin explicarse a sí mismos su propia heterosexualidad! Que te dan ganas de decirles si es que ellos son heterosexuales porque les ha fallado la homosexualidad. Y es que siguen pensando que lo normal es ser heterosexual y que el lesbianismo sólo se entiende desde el fracaso de lo que sin duda es lo mejor de todo cuando va bien. Que te dan ganas de decirles que si el fracaso de las relaciones heterosexuales llevara al lesbianismo, tal y como están las cosas, muchas mujeres casadas y requetecasadas serían lesbianas y requetelesbianas... Pero que no es así ni mucho menos. Que ese tipo de planteamientos es muy tramposo y a mí me disgustan particularmente; que no digo yo tanto, no, pero a veces te fastidian tanto, que hasta dirías que prefieres encontrarte mejor a un bestia que diga que eres una asquerosa bollera, que a un «sutil» de éstos...



CamScanner

Ahí te quedes con tres cuartos de narices porque entre nosotras, sin salir de las que formamos el Colectivo, haberlas haylas, y no pocas, que hemos tenido relaciones heterosexuales y algunas muy satisfactorias...

Otro planteamiento muy común entre cierta progresía es considerar que la bisexualidad es la forma «guay» de comportamiento sexual. Eso es tanto como decir que las otras formas de sexualidad son «peorcillas». ¡Y ya estamos otra vez! Otra vez diciendo que uno de los comportamientos sexuales es mejor que el otro. El mejor será el que cada una elijamos si de verdad podemos elegirlo alguna vez sin imposiciones. Yo de esto de la bisexualidad puedo contaros mi caso por si os sirve de reflexión. Cuando era exclusivamente heterosexual o, mejor dicho, cuando *estaba en* heterosexual, ya entonces, y sin tener *motivos,* porque nunca había tenido una relación con una mujer, me decía bisexual, porque intuía que era bastante probable que llegara a tenerla. Luego fue verdad que me comporté, sí, como bisexual durante una época y, como yo era «muy progre», esto no me causó ningún trauma especial porque ser bisexual era tanto como ser, por decirlo así, perfecta. El mogollón se me armó en la cocorota cuando me topé con el Colectivo y con el movimiento feminista. Entonces me di cuenta de que mentía a mí misma porque yo me decía que a mí no me importaba decirme lesbiana, aunque yo no lo fuera, igual que no me había importado decir que había abortado, aunque nunca lo había hecho. Mentira. En cuanto empecé a pensar que tal vez mi bisexualidad no era más que una forma más suave de no tener que enfrentarme a que de mí pudiera decirse que era lesbiana, me entró la tiritaña de la que os hablaba antes... Que no digo yo que no pueda una comportarse toda la vida como bisexual, que no, aunque sea difícil vivir saltando de un sexo a otro en nuestras relaciones más íntimas, por lo muy férreamente que nos tienen divididos a los unos y a las otras; que lo que digo es que esa bisexualidad puede ser, muchas veces, un camino hacia el lesbianismo o una forma de no tener que enfrentarnos a una palabra tan difícil de asumir como lesbianismo. Que no es más que eso lo que digo y que es una forma más de violencia contra las lesbianas considerar que nuestra orientación sexual es también *peorcilla* comparada con la bisexualidad.

Otra forma de violencia. Y otra más: la que consiste en criticar que en una pareja de lesbianas se reproduzcan los roles sexuales de dominación, sin criticar a la par los mismos roles de dominación en la pareja heterosexual, en la que suelen ser, además, más frecuentes y cuentan con toda la sociedad para respaldarlos. Por ser lesbianas no escapamos al aleccionamiento de esta sociedad y no hay que olvidar que, por otro lado, la violencia psíquica de ese aleccionamiento ha sido especialísimamente torturante contra nosotras. En una sociedad donde los roles están categóricamente delimitados no es extraño un razonamiento, tan profundamente violento para quien lo lleva a cabo inducida por los patrones patriarcales, como éste: 1) Me gustan las mujeres. 2) Parezco una mujer. 3) Pero debo ser un error de la naturaleza. 4) Lo que soy es un hombre *mermado*, sin pene. 5) Me comportaré como un hombre. 6) Cuanto más me parezca a un hombre, más les gustaré a las mujeres... (Por ejemplo).



En esto de los roles o, por mejor decir, en esto de acabar con ellos, en nada he encontrado yo más ayuda que en lo que de ser feminista, más que en lo de lesbiana, por lo muy alertas que estamos las feministas para que se nos escapen cada vez menos resabios viejos. Que, en cuanto una se ladea, por lo mucho que tiran las malas cosas que nos han enseñado y lo difícil que es desaprenderlas, ahí está la otra para enmendar planas y poner peros. Y digo yo que, en siendo feministas, igual les pasará a las heterosexuales, que estarán a la que salte para no reproducir lo mandado y construir lo nuevo, que es el viejo empeño de ser nosotras mismas. Algunas sabréis igual que yo lo que acicata y lo que consuela saber que hay más mujeres como una en el mismo tajo.

Pero es tanta y tiene tantos brazos la violencia que nos cae de lleno a las mujeres que tomamos capricho tierno por otras mujeres, que ni siquiera cuando estamos más capacitadas para luchar contra ella porque hemos asumido nuestro lesbianismo y le hemos dado un abrazo feminista y combativo, ni siquiera entonces, nos libramos de estar condenadas al secreto y a la doble vida que le acompaña. Es violencia, y de las más sustanciosas, que nos condenen al secreto. Aun cuando estemos dispuestas a salir a la calle y decir que somos lesbianas, debemos guardar secreto entre nuestras compañeras y compañeros de trabajo porque en muchos casos peligra nuestro puesto. Es un violento chantaje saber de antemano el sufrimiento al que condenaríamos a nuestra familia si saliéramos del secreto. Y resulta que yo quiero mucho a mi madre, por ejemplo. Es frecuente oír entre nosotras una frase como ésta: «A mí no me importa decirlo, que bien que salgo en las manis y todo eso, pero a mi madre no se lo digo porque para ella sé yo que sería el peor palo...». Tenemos que soportar muchas veces que nos digan que eso es no ser consecuentes hasta los últimos extremos con lo que pensamos. Y no diré yo que son seseras cuadradas las que nos acusan de ello, pero no me callo que demasiadas veces es demasiado cruel dar ese tipo de recetas y hacer ese tipo de descalificaciones. Este toro es más fiero de lo que lo pintan.

El secreto a que nos condenan nos obliga a guardar silencio y hasta a reírnos de chistes que no nos hacen ni pizca de gracia. Porque es absurdo pretender ahora que sólo nos relacionemos con la gente que sí sabe y sí entiende la naturalidad de nuestra manera de vivir la sexualidad. La mayoría de los círculos en los que nos movemos no los hemos elegido nosotros...

Que nos obliguen a llevar una doble vida esquizofrénica, ¿no es, acaso, una violencia tan evidente como silenciada? ¿Y la violencia de utilizar contra nosotras la información de que somos lesbianas? Que se sepa que somos lesbianas puede ser una información que se utilice contra nosotras con la peor y más rastrera de las brutalidades. Mucho tendrían que contarnos las mujeres casadas que han dejado a sus maridos para vivir una relación con otra mujer... los chantajes a los que han sido sometidas bajo la amenaza de decir lo que son en su trabajo, a toda la familia, a los amigos... El secreto en que han tenido que llevarlo muchas para que no les quitaran a sus hijos...



CamScanner

Como lesbianas, también han ejercido contra nosotras la violencia física directa. Ahí están las agresiones contra lesbianas de Eusakdi. Sé yo de una mujer a la que su padre no le había puesto jamás la mano encima hasta que un día, cuando tenía diecisiete años, se enteró de que era «bollera» y andaba retozando con una compañera de clase; entonces le pegó por tantas veces que no le había pegado. De todas formas, la violencia física contra nosotras o su ausencia debe ser entendida desde otras consideraciones.

El secreto impuesto a las relaciones lesbianas supone el triunfo de todos los otros mecanismos violentos que conducen precisamente a él, al secreto. Este secreto a ultranza es específico de las relaciones «desviadas de la norma». La violencia física, directa y específica contra las lesbianas dependerá mucho del grado de secreto con que lleven sus relaciones. Sólo cuando no hay secreto puede haber violencia física específica contra nosotras; es obvio: no puede pegarse a una lesbiana por ser lesbiana si no se sabe que lo es. Y digo yo si no será ésta una de las más hondas maneras de ejercer la violencia contra un ser humano...

De lo que os he contado de la escuela y de los libros, me he dejado una parte que tiene su miga. Y es que yo, por aquel entonces, ya andaba escudriñando novelas y películas y cuadros y lo que quiera que fuese que no me contara siempre lo mismo. Cuatrocientas páginas para llegar al momento en que la tormenta les obliga a refugiarse en una cueva; cuatrocientas diez páginas para que, dentro de la cueva, encuentren leña con la que hacer fuego; cuatrocientas veinte páginas para que, al calor del fuego y como estaban empapados, se les ocurriera desnudarse para secar la ropa; quinientas páginas para llegar al fin a los rayos, los truenos, el olor húmedo de la tierra mojada, la respiración que crece y se convierte en jadeo... y al final siempre lo mismo: el *Mari Pili, te quiero,* lo decía siempre el Juanito. Chico-conoce-chica, asunto éste que cada vez me interesaba menos según lo que yo tenía en la cabeza aprender. Siempre lo mismo, siempre la misma coplilla. En llegando al filón de los griegos y los romanos, bien entrada ya en la adolescencia, se podía encontrar algo de chico-conoce-chico. Pero nada de chica-conoce-chica. En todo mi pueblo no había un sólo verso de Safo... ¡Y anda que no tardé yo en toparme con lo de las canciones de Bilitis! Eso fue ya en la capital. En mi pueblo había una biblioteca municipal que la llevaba uno que fue primero «tarsicio» y luego de la «Adoración Nocturna», penitente del paso del Santo Sepulcro y de la Falange y de las Jons... Ése me tenía manía y no me dejaba pasar de Los Cinco de Enid Blyton y ni hablar de llevarme siquiera La Regenta. Y, aunque me hubiera dejado, allí no había, en todo aquel montón de libros, ni uno sólo ni un dibujo de los que yo buscaba, sin saber siquiera a ciencia cierta lo que buscaba...

¿Os habéis parado a pensar la violencia que supone para nosotras, las lesbianas, tener vacíos de nuestro erotismo el ocio y la cultura? El cine, la literatura... están vacíos de un erotismo que a nosotras nos agradaría ver y disfrutar fuera de nosotras. El silencio y la negación. O la pornografía y el peor de los sensacionalismos. Si es difícil ver un erotismo artística y feministamente bien planteado, de relaciones heterosexuales, es casi imposible verlo de relaciones lesbianas.



El mundo del simbolismo erótico y de las fantasías sexuales es un mundo de símbolos y fantasías heterosexuales. Y es agradable y muy gratificante encontrar obras de arte en el cine, en la literatura, en la pintura, en una canción... que recreen una atmósfera erótica en la que nos sintamos a gusto como mujeres. Eso tan agradable, a las lesbianas nos está robado. Hemos de reconocer en nosotras mismas que nuestras fantasías sexuales son muchas veces heterosexuales. Incluso nuestras fantasías están normalizadas. El mundo de los símbolos y de las fantasías es un mundo tan profundamente anclado en nuestro subconsciente histórico, que es casi imposible cambiar su sentido heterosexual en el tiempo, corto para eso, que dura nuestra propia vida... ¿Hay acaso una violencia más cruda y más miserable que la de saber que lo que dura nuestra vida no será bastante para cambiar tantas cosas que tenemos tan hondamente interiorizadas como propias y que ya sabemos, sin embargo, que nos son ajenas?

**...y, a pesar de todo, estamos contentas...**

Sí que lo estamos, sí; a ver, si no, de donde, con todo lo mal que nos lo ponen, íbamos a seguir diciendo que es maravilloso ser mujer y quere a otras mujeres. Para nosotras, que nos queremos tanto, es muy importante deciros que nos es muy satisfactoria esta manera que tenemos de vivir nuestro lesbianismo... no vaya a ser que os vendan el peine encubierto de que, como todo son problemones, nuestra vida es un infierno y no la quisiera nadie ni para sí ni para sus hijas. Tururú. Nada de eso. Ahora está de moda hablar del lesbianismo y de la homosexualidad como un mundo lleno de sufrimientos y de desgracias, al que hay que respetar, pero que desde luego no es nada deseable... Sufrimiento hay, hay desgracias, ya os hemos contado unas cuantas aquí, pero tenemos más de lo que muchas mujeres tienen para encontrarse a sí mismas y hacemos de ese empeño un proyecto de vida muy gratificante. Yo no me cambio de querencia por ahora. ¿Creéis que nosotras, *que os queremos tanto,* os íbamos a dar un mal consejo a vosotras-ustedes? El *no se prive* que os decimos nos ha salido de lo contentas que estamos donde estamos.

MARIA BIELSA
Del Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid



CamScanner